



Crónicas desde La Querendona

Lugares y voces

AREANDINA
Fundación Universitaria del Área Andina

Crónicas desde La Querendona

Lugares y voces

Franklyn Molano Gaona

Molano Gaona, Franklyn
Crónicas desde la querendona : lugares y voces / autor Franklyn Molano Gaona. -- Bogotá:
Fundación Universitaria del Área Andina, 2023

ISBN (digital): 978-958-5139-86-2

Incluye índice.

1. Cuentos colombianos. - 2. Pereira (Risaralda, Colombia) - 3. Literatura y sociedad. -
4. Escritura creativa - Enseñanza.

Catalogación en la publicación Biblioteca Fundación Universitaria del Área Andina (Bogotá)
863 scdd22

Crónicas desde La Querendona. Lugares y voces

© Fundación Universitaria del Área Andina. Bogotá, noviembre de 2023

© Franklyn Molano Gaona

ISBN (digital): 978-958-5139-86-2

Fundación Universitaria del Área Andina

Calle 71 No. 13-21, Bogotá, Colombia

Correo electrónico: publicaciones@areandina.edu.co

Proceso editorial

Dirección editorial: Omar Eduardo Peña Reina

Coordinación editorial: Camilo Andrés Cuéllar Mejía

Diagramación: Proceditor Ltda.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin autorización escrita de la Fundación Universitaria del Área Andina y sus autores.

BANDERA INSTITUCIONAL

Pablo Oliveros Marmolejo †
Gustavo Eastman Vélez
Miembros Fundadores

Carlos Patricio Eastman Barona
Presidente de la Asamblea General y Consejo Superior

José Leonardo Valencia Molano
Rector Nacional y Representante Legal

Martha Patricia Castellanos Saavedra
Vicerrectora Nacional Académica

Karol Milena Pérez Calderón
Vicerrectora Nacional de Crecimiento y Desarrollo

Erika Milena Ramírez Sánchez
Vicerrectora Nacional Administrativa y Financiera

Mauricio Andrés Hernández Anzola
Vicerrector Nacional de Experiencia y Felicidad

Felipe Baena Botero
Rector - Seccional Pereira

Gelca Patricia Gutiérrez Barranco
Rectora - Sede Valledupar

María Angélica Pacheco Chica
Secretaria General

Omar Eduardo Peña Reina
Director Nacional de Investigaciones

Eduardo Sánchez Navarro
Decano Facultad de Diseño, Comunicación y Bellas Artes

Alejandro Ríos Campiño
**Director Facultad de Diseño, Comunicación
y Bellas Artes, seccional Pereira**

Camilo Andrés Cuéllar Mejía
Subdirector Nacional de Publicaciones

Tabla de contenido

Los pies sobre el asfalto	11
E-mail urgente por un diccionario.....	13
Sueños y lágrimas en el Matecaña	19
El boleó del medio día.....	25
El vinilo se mantiene vivo	31
Risotadas bajo la carpa	37
En Pereira, la rumba va hasta el amanecer	43
Hasta gaiteros hay en Pereira	49
Los jueves, la cita es en La Cuadra.....	55
El parque de Provi.....	61
De tango y de jazz por la 97.7.....	67
Tomando tinto con “Beethoven”	73
La doncella, las butacas y las tablas.....	79
El estilista de la Libertad	85
Metido en la piel del poeta	91
Un alto para pensar en la temporada de grandes orquestas en el Teatro Santiago	97
¡Subile, subile!.....	103
Pereira diversa	107
Carta de despedida	111

Franklyn Molano Gaona

Es Magíster en Literatura. Sus crónicas han sido publicadas en *El Tiempo, La Tarde, La Patria, Retina Latina* y *La Cola de Rata*.

Es profesor de Creación Narrativa, Géneros Periodísticos y Redacción en el programa de Comunicación Audiovisual y Digital de la Fundación Universitaria del Área Andina y de Taller de Expresión Escrita y Prensa en la Universidad Tecnológica de Pereira. Dirige el programa de radio *Las Voces de la Cultura* en la emisora cultural Remigio Antonio Cañarte de Pereira.

En el año 2018, obtuvo el Premio Colección de Escritores Pereiranos, en categoría Reportaje, con el libro *Ese es CAN, para más señas*, en la Convocatoria de Estímulos de la Secretaría de Cultura de Pereira.

Es actual miembro de Consejo de Redacción (CdR).

Los pies sobre el asfalto

He creído que un cronista madura cuando transita la calle, lee y dialoga con otros. La vida de un escritor de crónicas es próspera al habitar el andén, reconocer quiénes están allí, oler cada esquina, saber qué sucedió en esta cuadra y averiguar esos datos históricos que le ayudan a darle al escrito ese espíritu vivo, fuerte y verosímil que luego el lector agradece.

El actual libro de *Crónicas desde la Querendona* que hoy presento es mi mirada como testigo de una ciudad que me abrió sus puertas y me ha permitido conocer gente amable que me ha llevado por experiencias, rostros, anécdotas, pensamientos y momentos que me han servido para escribir cada párrafo con pasión y cuidado, con el fin de brindarle al lector un panorama de una ciudad que hierve en historias y hechos que merecen ser contados.

Aquí hay un plano general y detallado de historias por personas, barrios y episodios que cuentan de primera mano cómo son sus vidas, cómo superan obstáculos, cómo resuelven el día a día, pero también cómo sueñan y cómo se rebuscan esa meta en el día a día. Son personas de carne y hueso que pueden ser como usted o como yo.

De otra parte, debo mi gratitud a profesionales de la escritura como: Gustavo Colorado G., Juan Miguel Álvarez, Rigoberto Gil Montoya, que con sus recomendaciones literarias me han ayudado a encontrar cómo juntar párrafos de manera más agradable, contundente y sencilla.

A los profesores del programa de Comunicación Audiovisual y Digital de la Fundación Universitaria del Área Andina, que han sido cómplices en este quehacer silencioso de la escritura. a mis amigos de tardes de conversación literaria y poética: Rafael Alarcón, Abelardo Gómez Molina, María Claudia, Cristian Cárdenas Berrio, Sandra, Mónica, Mauricio

Ramírez, Adriana González, Margarita Arteaga C., John Harold, Luis Aldana Vásquez, Carlos Andrés Gutiérrez y su familia, Mauricio Gómez, Raquel, así como los profesores de la Universidad Tecnológica de Pereira, y tantos más que olvido, y por supuesto mis hermanas y mis tías.

A ellos juntos, a cada uno, que, con su compañía, me soportan caprichos, desahogos, frustraciones y horas de carcajada, son para mí una legión de ángeles, que me ayudan a mantener el ánimo arriba.

Aquí dejo entonces estas crónicas propicias para un largo vuelo, una temporada de silencio en un paraje lejano, una tarde de esas de gotas gruesas sobre el pavimento o un tranquilo domingo donde solo se escucha el pensamiento y se siente el pestañeo de la lectura. Siga usted, señor lector.

Franklyn Molano Gaona

Cronista

E-mail urgente por un diccionario

Hola:

Sé que la embarré. Sé que estás ‘salido de los *chiros*’, pero como muy bien lo escribió William Shakesperare en *Romeo y Julieta*, “en el amor los dos son los culpables”. Y en esta relación tú también tienes la culpa.

Te he llamado y no me contestas. Estuve pegada al timbre de tu apartamento y no me quisiste abrir. Fui a ese bar del centro de Pereira, donde todavía suenan canciones en acetato y allí nadie me dio razón de tu paradero...Dónde putas estás...¡¡dónde te metes!!

Te escribo estas líneas no solo para recuperar tu presencia sino para contarte que mi semestre corre serio peligro. Las notas de los primeros parciales no pasan de un vergonzoso 2.5 y de seguir así deberé regresar a mi natal Palmira, ardiente población al norte del Valle del Cauca, donde tú sabes que la vida fácil circula por las calles y lo único importante de esa locación es ese disco *Palmira señorial* que hizo famoso a los Billos Caracas Boys. ¡Esa no es mi vida!

Pero lo que es más grave. Pierdo mis materias por ese minúsculo y diagonal grafismo que se debe marcar para señalar el acento de las palabras. Esas malditas tildes se han convertido en mi dolor de cabeza y lo que es peor, esas pequeñas rayitas me acuerdan cada vez más de vos.

Pero el drama crece. Descubrí que tengo problemas para distinguir qué palabras se escriben con *b* larga y con *v* corta. En un control de lectura en la clase de Actualidad, me preguntaron sobre la venta reciente de la cervecería más importante del país y respondí que esa empresa había sido adquirida por una firma inglesa. La respuesta me daba confianza y me dije:

–Listo. Esta sí la paso.

A la semana siguiente, cuando el *profe* devolvió las pruebas, me subrayó con lapicero rojo que *cerveza* se escribe con *v* corta al igual que *venta*. La indignación me corrió por el cuerpo. También descubrí que tengo problemas para distinguir las palabras que se escriben con *g* y *j*, fallas que jamás pensé que me obligarían a buscarte de nuevo.

Recuerdo que alguna mañana me burlé de tu pequeña biblioteca, donde encontré gruesos y pesados diccionarios. Te pregunté:

–¿Estos libros, además de trancar puertas, sí sirven para algo?

Me miraste con cierto desprecio y respondiste:

–El prestigio de un buen escritor empieza por su ortografía. Es como la higiene. Es algo básico–. Sentenciaste.

La verdad te lo confieso, esa mañana no te paré muchas bolas. Días después me dijiste que debería invertir algún dinero en comprar un buen diccionario.

–Duran toda la vida. Me dijiste.

Mi desidia era palpable. Para el trabajo de Radio, obtuve dos notas: un 4.5 por la buena lectura frente al micrófono y un 1,2 por el trabajo escrito, que tuvo como tema central la Historia de la Radio en Colombia. En el escrito se destacaron deficiencias en partición de palabras y confusión en vocablos que terminan en *ción* y *sión*, lo que derivó en una nueva pérdida

Pero la ira se colmó con Introducción a la Comunicación. Para esa asignatura era necesario presentar un ensayo sobre Jürgen Habermas, el cual me demandó dos semanas de lecturas y debate con mis compañeros. Las seis páginas tenían problemas, como me dijo el docente, de forma y de fondo: En la primera hoja me escribió: El apellido Habermas lleva *H*.

En otro párrafo me escribió: “Usted no distingue entre palabras agudas y graves”, y para cerrar hay una serie de deficiencias con respecto al uso

de esas palabras que tienen existencia real e independiente, llamadas sustantivos, con aquellas que califican o determinan al sustantivo, los adjetivos.

Y en la última página el docente añadió: “no hay claridad suficiente sobre la crítica que usted quiere desarrollar acerca de los aportes de Habermas a la comunicación de Occidente”. Esto rayó con la incompetencia. Me dije. Por eso te busco.

Sé de tus destrezas para juntar palabras, para redactar corto y concreto, pero sobre todo para hacer de mañana esos huevos revueltos con tomate y cebolla que en verdad hoy los extraño. Busqué ese escrito que alguna vez me hiciste, el cual hablaba de los dos abrazando el día y cómo el silencio de tu alcoba se rompía cuando yo hacía *chichí* en tu baño. El texto no lo encontré.

Pero para persuadirte de que vuelvas, desempolvé un poema de Ramón López Velarde titulado *Ella*, escrito según tú hace 100 años, que alguna vez tiraste por debajo de la puerta de mi apartamento, el cual dice:

*Esta novia del alma
con quien soñé algún día fundar el paraíso
de una casa risueña
y echar pescando amores en el mar de la vida
y redes a la usanza de la edad evangélica.
Es blanca como la ostia de la primera misa
Que en una azul mañana miró decir la tierra
lucen negros tus ojos la túnica sombría
y un unguir, las heridas las manos beneméritas.
Dormir en paz, se puede
sobre sus castos senos de nieve,
que beatos se hinchan como frutas
en la edad de Cristo, celeste jardinero.*

*Tiene propiedades hondas
y los labios de azúcar
que por su grave porte se asemeja
al excelso retrato de la virgen
pintado por San Lucas.
¡Búscame!*

Sueños y lágrimas en el Matecaña

Así se vive la despedida y el abrazo de pereiranos que salen hacia el extranjero

Relato de una numerosa familia que espera en el aeropuerto de Pereira la llegada de sus seres queridos que no ven desde hace varios años. La tradicional celebración está acompañada de carteles, pitos y hasta de mariachis.

Lunes 7:15 P.M.

La ansiedad se rompe cuando el avión Foker ingresa a la pista del Aeropuerto Internacional Matecaña. La estridente absorción de las turbinas hace que las manos suden, que se acelere el ritmo cardíaco y que de los bolsos se desempaque la cámara extraplana para el momento en que descienda aquel pariente que dejaron de ver hace más de 10 años.

-¡Llegó, llegó, llegó!-, dice con voz afanada una señora de traje largo que emprende la carrera a lo largo del corredor, luego de haber tenido su mirada fija en el gran ventanal del segundo piso de la terminal aérea de la ciudad, a la espera de la llegada del vuelo proveniente de España, que por más de 45 minutos retrasó su arribo, debido a la lluvia que por estos días azota al país.

A la señora la siguen en su carrera diez familiares más que de la mano de varios pequeños, aprietan el paso y bajan presurosos las escaleras hasta llegar a la salida donde también decenas de personas esperan a sus parientes.

Afuera, una fila de taxis buscan ser requeridos y varios de ellos deciden acompañar la llegada de estas personas con las rancheras en alto de Vicente Fernández que salen del radio de interior de sus carros. "La algarabía es inmensa. Hay fiesta. La gente se alborota, corren y no paran de festejar, y todo lo filman con esas camaritas tan chiquitas... La gente no para de reír o de llorar", me dice Carlos Ariel Guevara, taxista con 12 años de experiencia.

El veterano conductor me cuenta que los pasajeros que ha transportado le han dicho que la persona que se va hacia España o a Estados Unidos lo hace por trabajo, para conseguir un peso de más y de esa manera lograr construir una casita o montar un negocio propio. “Allá (en España) la gente llega a romperse el lomo, a lucharla... la gente que se va es bien berraca... Los que están por allá no ven el día ni la noche, no salen a pasear. Solo es trabajo”, dice.

Mientras este taxista aprecia cómo varias personas se encaraman en la reja que los separa de la puerta de llegada de los pasajeros, aparece el vendedor de rosquillas, maní salado y de cigarrillos, y el de los termos con tinto, que aprovechan estos largos minutos para ganarse unos cuantos pesos.

Otros taxistas se valen de la llegada de los visitantes al aeropuerto de Pereira para de esa manera llevarse a los bolsillos varios billetes que justifiquen quedarse hasta tarde. “Hasta Cartago, la carrera le vale sesenta y cinco mil pesos y hasta el centro de Pereira le puede costar hasta doce mil”, me dice uno de ellos. La funcionaria de la aerolínea me explica que por la categoría de “internacional” y por contar con una pista de 2.020 metros de extensión, el aeropuerto Matecaña ofrece un servicio de arribo de aviones hasta las diez de la noche.

Mariachis y Jhonny Rivera

La voz metálica de la informadora del aeropuerto avisa la llegada de los pasajeros y en la salida cerca de veinte personas despliegan carteles, afinan pitos y alistan las cámaras digitales a la llegada de su ser más querido.

De repente Francisco atraviesa la puerta y siente cómo los *flashes* caen sobre su rostro, le sigue la fuerza ensordecedora de los pitos y por último el bullicio de los asistentes. Se agitan los carteles, donde se lee: “Bienvenido a tu tierra”. Los brazos se estiran en señal de abrazo y florecen las risas al ver que Francisco se encuentra bien.

“Venir a despedir a un familiar es una costumbre en Pereira. La gente recolecta plata para completar para el pasaje. El equipaje del viajero es enorme. No quiere dejar por fuera ningún recuerdo. El regreso es

tan emocionante que muchas veces dejan sus pertenencias en el aeropuerto y para recuperarlas, les toca regresar al otro día”, dice Yolanda Osorio Ramírez, trabajadora de minutos de celular. Recuerda que muchos de ellos acompañan la despedida con papayeras y que ha visto gente que llega hasta con mariachis, para desearle al viajero, a través de un intenso abrazo, éxito y que regrese pronto.

Detrás de Francisco aparece tomada de la mano, su novia, una esbelta rubia de minifalda, tacón fino y una camisa ajustada, que atrapa de inmediato la mirada de curiosos. Ambos vienen de Albacete, provincia al sureste de España, donde se conocieron, luego de que la atractiva mujer saliera de Roldanillo (Valle del Cauca), en busca de un mejor futuro económico.

Lo primero que sorprendió a los demás, fue cómo el acento colombiano les había cambiado. Cuando los dos hablaban, se les notaba la diferencia que hacían entre la *ese*, la *“c”* y la zeta; decían *“vale”*; terminan las frases con un ¡he! muy marcado y antes de empezar a hablar pronuncian la palabra ¡venga!

-Bueno, ese aire español no importa, ya están en otra tierra, dijo una de las acompañantes, que levantó las cejas de asombro, cuando vio que al lado de la joven pareja venía el ayudante con siete grandes maletas. La numerosa familia venía en un microbus que los llevaría hasta su casa en Roldanillo, a una hora y cuarenta y cinco minutos de Pereira.

“La gente arma todo un paseo cuando alguien regresa del extranjero. Llevan hasta el perro. En el barrio, los amigos los esperan y esa persona es considerada como valiente”, dice Lucy Patiño Rico, odontóloga de la Universidad Autónoma de Manizales, que en la actualidad trabaja en Santiago de Chile. Lo que más observa la gente –dice Lucy– es el nuevo vestuario, que para muchos no encaja ni en sus colores, pero es la excusa para comentar que esa *“pinta”* es lo que más se utiliza en el país de donde se viene.

Un episodio que no pasa desapercibido es el recibimiento de artistas de la región que gozan de acogida en el extranjero y cuentan con decenas de seguidores. Luz Adriana Villamil Restrepo trabaja en Pereira y me relató cómo los fanáticos del cantante del despecho Jhonny Rivera

lo esperaba en el aeropuerto. Era gente de botas blancas -recuerda-, niñas de chancla brillante y mujeres con camisetas cortas con la palabra 'bebé' inscrita en el pecho. El cantante de éxitos como *El dolor de una partida* y *Empecemos de cero* venía de España de ofrecer una serie de conciertos a los habitantes del Eje Cafetero que extrañan su música y recuerdan con llanto esta parte del país.

Pero no solo es Pereira la que celebra con jolgorio la llegada de sus parientes o amigos que provienen de extranjero. Un empleado de Barranquilla que labora en el área de seguridad de la terminal aérea de Pereira, me comentó que en el aeropuerto Ernesto Cortizos suele suceder algo similar. Los recibimientos son alegres, coloridos y se respira folclor cada vez que alguien proviene de fuera del país.

Hacia las diez de la noche, tomé un taxi conducido por Carlos Fernando Agudelo, quien me dijo que conoce a varias personas que se han ido para España y regresan hablando maravillas de ese país, pero apenas ven este paisaje verde, las mujeres y el ambiente tan cálido de la gente, afirman: "España será muy bonito, pero igual al hotel mamá, no hay dos".

El boleó del medio día

Relato de dos jóvenes que llevan almuerzos en bandeja por el centro de Pereira

Lunes 11:55 A.M.

Claudia Palacios se prepara para su maratón del medio día. Ella es de las pocas mujeres de la ciudad que trabaja llevando almuerzos a las oficinas del centro de Pereira. Su estatura baja quizá sea una ventaja a la hora de esquivar la docena de secretarías que con su traje raya-tiza, no se dan cuenta de que en contravía de ellas camina rápido una mujer con un par de almuerzos en su bandeja. "Toca hacer maromas. Hay que moverse rápido y tener cuidado para no 'bañar' a la gente, o evitar que lo 'bañen' a uno", dice, mientras las mesas de restaurante donde trabaja (carrera sexta con calle diecisiete) se ocupan de los comensales que al medio día suelen ir al lugar.

Ajustó en este nuevo trabajo tres meses, pero dice que acredita doce años de experiencia como mesera en restaurantes del municipio de Dosquebradas y otro tanto en varios del centro, donde adquirió equilibrio suficiente para llevar los platos. Entre las doce del día y la una y treinta de la tarde, despacha treinta almuerzos y realiza veinticinco viajes a lugares cercanos como oficinas, almacenes de ropa que no cierran y puestos ambulantes que en la mañana han separado su pedido.

El almuerzo de hoy -se escucha al otro lado de teléfono- es crema de cebolla, pollo en salsa, tajadas asadas, arroz, ensalada de tomate, lechuga y remolacha y jugo de lulo y de postre breva con arequipe... ¡Ah! y una bananita. Por un costo de 4.500 pesos. Cuelga y de inmediato se alistan los almuerzos que salen hacia la dirección requerida.

Claudia toma la bandeja y su menuda figura aparece en el adoquinado andén, caminando con sigilo al lado del megabús que invade la calle. Se escucha además el cierre de la reja metálica de un almacén, el estridente pito de un automóvil y el llamado por celular de donde sale una

voz femenina, que dice que esta vez no faltará a la cita para almorzar. “¡No se vaya a ir! Me espera”, insiste. Todos andan de manera veloz. Hay nubarrones en el cielo.

Al llegar a su destino, una tienda de ropa en la carrera séptima, Claudia saluda y con semblante serio atiende lo que le dicen: “Quería más arroz... y ese jugo? ¿No hay gaseosa? Tiene cambio de veinte mil...”, preguntas que salen como ráfaga, que ella no responde. “Ya no me da ira. Yo no peleo con los clientes. A veces me da mal genio, pero siempre me quedo callada. La ira me la guardo para mí sola. A mí me da rabia pero al momento ya estoy otra vez muerta de la risa. No manejo lo que es el mal genio”, comenta esbozando una leve sonrisa.

De regreso a su lugar de trabajo, la mirada de Claudia sigue el pedido de dos nuevos almuerzos, y parece no importarle que la atención de los asistentes al lugar se concentra en la imagen del televisor donde aparece el Ministro de Defensa, Juan Manuel Santos, quien reseña la seguidilla de golpes asestados por las fuerzas militares a los cabecillas de las FARC. Queda en el ambiente la frase “la guerrilla está resquebrajada”. En una de las mesas, uno de los visitantes, enaltece la labor del gobierno y con el palillo ajustado entre sus dientes dice “ese Uribe, sí que es jodido”.

Claudia y su bandeja se pierden de nuevo entre las mesas de madera del lugar y esta vez deben subir en sentido contrario a la primera dirección. En la barra, la administradora del lugar explica de manera pausada que este trabajo es honesto y que mientras sea honrado sirve. Hay mucho desempleo -dice- y por eso hay mucho robo. “Hay mucha delincuencia, entonces la gente se está muriendo de hambre y por eso hay que salir a buscar el sustento para vivir. Es simple, mire el periódico Nuestro Diario donde salen cuatro o cinco muertos por día... hoy la vida no vale nada... por cualquier peso lo matan a uno”.

El noticiero que ha dedicado gran parte de su emisión a las declaraciones de Santos, finaliza con un informe de cómo la disminución por envío de las remesas está afectando a la población del municipio de Santuario en Risaralda.

El periodista reporta que la difícil situación de la población inmigrante en Estados Unidos y España, se ve reflejada en el estrepitoso descenso de las remesas, lo que afecta el bienestar de las familias en esa parte del país. “Vea, todo es plata”, señala otro de los asistentes, quien acaba de alimentarse con un último sorbo de jugo. Afuera se escuchan los primeros truenos del aguacero que vendrá en horas de la tarde.

Claudia está de regreso. Se acomoda en una de las sillas a la espera de nuevo llamado. Su turno acaba a las tres de la tarde y espera que al concluir la semana, le cancelen cincuenta mil pesos que gana y que llevará a su familia en el sector del Parque Industrial, donde la esperan sus dos hijos. Su esposo trabaja en una fábrica y con el dinero que se ganan entre los dos, la vida es un poco más llevadera. “Con lo mío alcanza un poco más. Usted sabe que un mínimo no alcanza para mucho”. Claudia mira hacia el suelo.

Pero esta particular mujer no está sola. En esa actividad la acompañan cinco jóvenes más desde otros restaurantes del sector, hacen la misma labor de suministrar almuerzos a domicilio a la población que trabaja en el centro. A pocos metros de donde trabaja Claudia, está José Luis, de 24 años, de talla gruesa, mirada fija y de pocas palabras.

Él recuerda que al principio, el trabajo era un poco maluco. “porque se le derraman a uno las cosas, pero ya no. A eso hay que ponerle cuidado”, reseña mientras toma con sus dos manos la bandeja, una de fríjoles y otra con carne sudada.

Camino hacia un almacén de ropa juvenil de la carrera 17, José Luis revive los primeros días de su trabajo y menciona que una señora lo estrelló: “Ella salía de un centro comercial. Venía embalada y se me voltearon las bandejas. La señora me las pagó, pero me ensucié un poquito. Ella me pidió excusas y canceló los dos almuerzos y la vajilla”.

A la bandeja donde lleva los platos, José Luis le dice *la charola*, en la cual alcanza a llevar hasta 13 pedidos diarios. “Se debe caminar rápido”, menciona, “los clientes quieren el almuerzo puntual y para llegar a tiempo hay que avisarle a las personas que uno lleva bandejas o en el mejor de los casos, silbar para que la gente reaccione y abran paso”.

Las manecillas dan la 1:55 P.M. El Pulso del Fútbol, programa radial de alta sintonía llega a su fin. Claudia y José Luis descansan en mesas esquineras de los restaurantes a la espera de que termine su jornada de trabajo. A las ejecutivas de vestido raya-tiza les ha cambiado el semblante. Ahora ríen y parece que han echado al olvido la amarga mañana del lunes. Regresan de cepillarse sus dientes, pagan el almuerzo y se preparan para volver a sus oficinas. Una de ellas avisa del azote de las gotas que se avecinan. “Vamos rápido... Se largó el aguacero”.

El vinilo se mantiene vivo

¡Qué aguacero!

Son las 11 y 30 de la mañana. Las fuertes gotas castigan el rostro de decenas de personas que caminan de manera rápida por la calle 19 con carrera 9 del centro de la ciudad. Fruncen el ceño y tuercen la boca. El azote de las gotas les fastidia. El taconeo de punta de una morena esbelta, se estrella contra los charcos provocando un *crash* que se multiplica por la estrecha calle.

Varias amas de casa escurren su sombrilla antes de ingresar al Dolarazo, amplio e iluminado lugar donde en grandes estantes se consiguen en unidad y por docena artículos para el hogar y el aseo. Los precios de las vajillas, cestos para la basura, recogedores, luces navideñas, vasos de vidrio y arreglos para la mesa de centro de cualquier sala, oscilan desde los 1.000 hasta los 15.000 pesos.

Un par de metros más allá y por el mismo andén, hay un local de empanadas que por el copioso número de comensales y sin importar el aguacero, goza de buen prestigio. Un aviso en letras amarillas donde se anuncia que el producto es a 800 pesos, sirve de gancho para atrapar a consumidores que se nutren del típico alimento mientras las gotas caen.

En medio de estos dos locales y vigilado por uno de apuestas de chance y otro de laminación de documentos, está en el andén la venta de discos de pasta de Germán Cuervo, protagonista de esta historia, que debió cubrir sus acetatos con un grueso plástico transparente para evitar que las carátulas se mojen y se echen a perder. Cuervo, como le suele llamar la gente, se refugia del temporal a pocos metros de allí y mientras se frota las manos para ahuyentar el frío, escucha a través de la radio que los aguaceros se mantendrán por el resto del mes. Su rostro no es alentador.

El oasis del LP

El punto de venta de acetatos de Cuervo es modesto. Es una mediana caja de cartón que contiene más de una decena de LP, donde verdaderos coleccionistas lo visitan desde las 8 de la mañana hasta las 6 de la tarde, para preguntarle por autores, temas, orquestas y compositores. Cuando el comprador va tras algo muy especial, Cuervo lo invita a su bodega, que es como el as bajo la manga, y que lo ha convertido en uno de los mayores vendedores de acetatos de la ciudad.

El lugar queda a pocos pasos de su sitio de trabajo, donde hay según él cerca de 12.000 vinilos que contienen baladas, tangos, algo de rock, música popular, ópera... y en fin, acetatos que le llegan a sus manos, luego de que le gente les resta importancia y decide salir de ellos. La bodega queda en un segundo piso de un edificio de oficinas y cuando Cuervo introduce la llave para abrir la puerta de madera del enorme recinto, el vendedor se sorprende, interrumpe su respiración y después de un par de segundos arranca la búsqueda.

Allí, con seguridad está el acetato que no se consigue, que no se ha vuelto a pensar, que trae recuerdos y saca lágrimas. "La gente viene hasta aquí porque se han dado cuenta de que este tipo de música no se vuelve a conseguir", explica Cuervo, de cuna manizalita, quien ajustó ocho años como vendedor de discos.

Unos meses atrás, un cliente que venía de España, lo buscó con el único fin de llevarse unos LP de música salsa, pero cuando ingresó al sagrado recinto, sus ojos se posaron en un trabajo del rey del *rock and roll*, el legendario Elvis Presley: "Fue algo valioso -me dijo-, ese visitante se fue con cinco trabajos del rockero y me dio 100.000 pesos".

El sitio es seguro, los discos se conservan y por si quedan dudas, en una de las paredes hay un LP con el rostro del Papa Juan Pablo II, que contiene una misa con su voz y frente a él, un pequeño cuadro del cantante Javier Solís.

La cita es en Apía.

A Cuervo le han dicho que Pereira, a diferencia de otras ciudades, es el lugar donde todavía existe un gran volumen de esos discos. La demanda la concentra la balada de cantantes como Leonardo Fabio, Leo Dan y Sandro, y los tangos sobre todo de las décadas de los 30 y 40. Temas que hoy no se consiguen en CD.

Para conservar tan meritorio reconocimiento, impuesto por melómanos que recorren kilómetros en busca de un título en particular, se ha creado un club de coleccionistas que mantiene vivo el gusto por el vinilo. "Quienes escuchan la pasta dicen que no es lo mismo que un CD, además el LP no es tan delicado como el CD", explica Cuervo.

Hace unos meses se reunieron para rendirle homenaje al tenor fallecido Luciano Pavarotti. En esos coloquios, cada uno lleva un disco y coloca un tema. Se habla, se toma un trago y se deleitan. Lo mismo sucedió con Elí Ramírez, vocalista de El Cuarteto Imperial. La reunión fue en el municipio Santuario y al finalizar el evento, los organizadores entregaron diplomas a los participantes por su labor de conservación.

Con la reciente desaparición del cantante de los Hispanos, Rodolfo Aicardi, recordado por temas como: *Tabaco y Ron* y *Así nacieron papá y mamá*, la demanda de sus trabajos ha sido mínima. "Él fue un cantante muy importante. Cantó salsa, balada y bolero. Con seguridad le haremos un buen homenaje", aseguró Cuervo.

La próxima cita es el 10 de noviembre en Apía, pueblo risaraldense de balcones, calles empinadas y fuerte brisa. Allí, los expertos desenfundarán los mejores tangos y se hablará de tema.

Disco dañado, vida perdida

Quien va detrás de una pasta sabe que ese disco no se consigue, por eso los cuidados son altos y merecen primordial atención. Que no les caiga el polvo y que no les dé el sol. "Cuando se daña un disco, es una vida la que se pierde", sentencia Cuervo. "He visto a gente llorar por una pasta. Algunos duran años buscando un disco y cuando lo encuentran son felices. Saben que es el único que salió".

Ese valor de original y de único, convierte al acetato en objeto deseado por otros. “Esta música tiene sus enemigos. A la gente le sacan discos que son muy complicados de volver a obtener”, cuenta Cuervo, quien menciona que las agujas para darle sonido a la pasta están entre los 7.000 y 20.000 pesos.

Pero este coleccionista no está solo. A pocos metros de su punto de venta están Gustavo y Jaime, expertos en música de pasta, también La Milonguita ubicada en el parque El Lago de Pereira, donde solo se escucha música en acetato, y Donde Fabián y el Rincón Clásico, recintos donde el LP conserva sitio de preferencia.

Risotadas bajo la carpa

Vida al interior del Caribbean Circus, espectáculo que llega por primera vez a Pereira

Domingo. 3 y 30 de la tarde. La temperatura marca 28 grados y el sol arde. Johanna Arboleda, una niña de 19 años de edad, que vive en el barrio Japón de Dosquebradas, donde las casas parecen apiñadas y como medidas de afán en una caja de bocadillos, decide ir al circo. A esta adolescente, de ojos claros, de cabellera rubia y piel blanca, la acompañan su vecina y su hijo, un niño que dos días atrás insistió para que lo llevaran a la gran carpa.

El espectáculo es el Caribbean Circus, ubicado en el extenso lote al lado de la Terminal de Transportes de Pereira. Ocupa más de 8.000 metros cuadrados, donde se levantó el escenario, algunos dormitorios, los camarinos de los artistas, varios remolques y la piscina para las dos focas.

Minutos antes de que se apague la luz, los niños ingresan cagados de crispeta, conos y refrescos. Los mayores llevan gaseosa y en una de sus manos, un abanico para disipar el fuerte bochorno que invade el lugar. Para atrapar aún más la atención de los asistentes, las más de 50 personas que hacen parte de esta vida circense, han preparado un repertorio, recordando al extraordinario Jack Sparrow, el avezado buscador de tesoros de Piratas del Caribe.

En la parte posterior del escenario, en una mediana tabla blanca colgada de una de las largas varas que sostiene la carpa, se lee el orden de aparición de los artistas: can-can, ula-ula, caballos, perros, ícaros, péndulo, alambre, focas, y terminan con un desfile.

Este es un espectáculo diferente, cuenta Javier Daza, un antioqueño que desde hace cinco años está al frente de la dirección artística del circo. "Hemos buscado una nueva visión del espectáculo. Esto se compone de acróbatas, payasos, equilibristas, animales, danzas y teatro".

Similar, asegura, al formato que presentan los circos europeos o el Circo del Sol (Cirque du Soleil), de origen canadiense, que está hoy instalado en Las Vegas (Estados Unidos).

El Circo de Sol, al igual que el Caribbean Circus, dejó a un lado la exhibición y la presentación con animales, que para muchos eran maltratados y que ocasionaron protestas por la defensa de estas especies.

Este tipo de propuesta no contempla que los animales atraviesen por aros de fuego, que los leones o los elefantes sean provocados con el azote del látigo o arriesguen sus vidas colgados de un trapecio. Tampoco hay escapistas que se sumergen en el agua y salen en el menor tiempo posible, ni tragaespadas que hundan el estoque hasta el final de su cuerpo o mujeres que se envuelven en diminutas cajas selladas con cadenas y candados.

Estos circos donde muchos de los animales sufrían, fueron rechazados y entraron en decadencia. Frente a eso las compañías potenciaron las proezas humanas, la habilidad, la fuerza y la valentía. En el caso del Caribbean Circus la gente asiste a un espectáculo diferente al que están acostumbrados a ver. Lo nuevo de esta presentación es que es una función continua, donde se mezclan lo animales, los acróbatas, las bailarinas, el mago y el payaso. “Esta es una obra artística de dos horas donde se mezcla el teatro y el mundo del circo”, explica Daza.

En esta parte de atrás del circo, los artistas cobran vida. Cada uno se ubica en una silla de plástico rimax, donde se maquillan, se cambian de atuendo y se ajustan los zapatos. Allí mismo está una consola que controla las luces y el sonido, se aprecian además varias maletas ajadas, bolsas plásticas donde se guarda parte de la ropa. Hay roperos metálicos, mesas para acomodar las prendas y espejos de mano donde el circense se da el último toque.

Llegaron a la ciudad, porque Pereira hace parte de la ruta que se trazaron y porque les dijeron que esta tierra era la más pujante del Eje Cafetero. En la capital risaraldense estarán dos semanas más, luego viajan a Cali, pasan a Quito y siguen hacia Guayaquil (Ecuador).

El circo funciona como una empresa, a quien falle se le llama la atención y se le exige que entrene. Si reincide, recibe una multa y si vuelve a faltar, se cambia por otro. A diferencia de muchas empresas donde existe una edad límite, el circo tiene abiertas las puertas para quien desee trabajar. Aquí siempre habrá algo por hacer.

El payaso y la contorsionista

Quienes se matriculan en la vida de circo conocen de su condición de errantes. Saben que no pueden echar raíces en alguna ciudad y por eso muchos del grupo conforman familias bajo la misma carpa. Es natural ver a niños que acompañan a sus padres minutos antes de que estos salgan al escenario.

Kelly Mitrovic es la contorsionista y se destaca por sus extremidades largas y muy bien definidas. Heredó de sus padres rumanos los secretos del circo y levantando los hombros dice que ya se acostumbró a llevar esa vida. "Lo maluco de circo es llegar a las ciudades a buscar pieza. Donde dormimos pagamos 30.000 pesos la noche, pero no es muy cómodo", cuenta mientras se retira el maquillaje.

Ella se enamoró de William Rolando Daza, uno de los clauun, quien como ella, aprendió de sus padres, abuelos y tíos, la gracia de circo. Al ojo, como dice él, puede ser la actuación más difícil, pero cuenta con la gracia y el talento suficiente para sacarle una sonrisa al público. "Cuando la gente aplaude, sin necesidad de solicitarlo, siento que el espectáculo es bueno o cuando la gente al final de la función, se arri- ma a la puerta y me felicita".

Se sacude el cabello mientras empaca su material de trabajo y dice que los sueldos van de un salario mínimo hasta tres, pero advierte que hay gente que lo despilfarra en licor, drogas o cigarrillo. "El circo es como cualquier clase de trabajo. Tiene debilidades y virtudes. Muchos creen que el que trabajo del circo es de pobres y de pendejos y eso no es así, en muchos trabajos hay pendejos", afirma.

Isabel Becerra tiene 26 años y ajustó tres de ellos con el circo. Es de Bucaramanga (Santander) y su gusto por este trabajo nació luego de ver el espectáculo del mago Kandú. "Al principio es duro, pero después uno se acostumbra", declara.

Metros más allá está Luis Albeiro Ríos, acróbata, quien mientras prepara su maquillaje de pirata, recordó que de sus 29 años de vida, tiene 14 en el circo. Es de Belalcazar (Caldas) y comenta, "este trabajo nos ha valido sudor y el quebrarse los huesos". Agrega que en este trabajo no se logran cosas fáciles, pero que con esfuerzo se saca todo adelante.

Javier García, cartagenero de 20 años de edad y con dos en la vida circense, es alambrista y fotógrafo de la compañía. Sonríe cuando de viajar se trata y no le ve problema a llegar a una nueva ciudad.

Muchos de ellos vienen de carpas pequeñas, donde aprendieron los trucos y pulieron sus habilidades para luego pasar a circos profesionales. Julio Bayona, periodista de Pereira, recordó cómo cinco años atrás, asistió en el Plumón, un sector deprimido de la ciudad, a un circo pequeño, donde los integrantes eran toderos: quien vendía boletas, hacía las veces de payaso, luego se cambiaba de ropa y era el malabarista y segundos después aparecía como el mago. Era un circo muy pobre, reseño Bayona, pero hizo reír mucho a la gente.

5:30 de la tarde. El sol aún castiga. Los niños y sus familiares no paran de reír. El final ya está cerca y el payaso agita los brazos en señal de adiós: ".....Y que el todopoderoso llene de bendiciones a todos ustedes. Chao".

**En Pereira, la rumba va
hasta el amanecer**

Bares, casinos y discotecas, alternativas para la noche

A Pereira la persigue la rumba y el frenesí de la diversión. La oferta nocturna es amplia y diversa. Aquí hay desde lugares que le rinden culto a la salsa, a esa salsa de timbal y congas, en una rumba de gente de color que no descansa de bailar las melodías de Héctor Lavoe.

También hay bares de música electrónica, decorados con colores estridentes, sillas metálicas, bebidas con bajo contenido de alcohol y un público que no se cansa de bailar y de bailar. Hay también lugares de música clásica donde la gente toma cerveza de la botella y acompaña el rato con un trozo grueso de salchichón.

Esa es Pereira, diversa, distinta, atractiva y encantadora. Los más recientes reportes de Policía de Risaralda informan que en la ciudad hay cerca de 800 lugares nocturnos, que satisfacen el gusto de los turistas que arriban a la ciudad y que luego de disfrutar de una buena rumba, se resisten a regresar a su tierra natal.

La rumba en Pereira atrapa y embruja. Basta ver a esas hermosas adolescentes que desfilan por la carrera séptima y octava con *jeans* ajustados y camisetas pegadas a su dorso, como con su pícara mirada seducen a cualquier visitante.

Pero la rumba sigue. Hay elegantes casinos donde la ruleta, las cartas, los dados y un buen coctel invitan a dejar los billetes en esta ciudad que parece no dormir. Otros empiezan la noche en un bar, con una buena picada y música que acaba en baile.

Los más rumberos encuentran en el sector de la Badea un abanico de discotecas que no permiten que nadie se quede sin moverse. Aquí se

llega al desborde, al límite y a la diversión que se acaba cuando las parejas deciden “rematar” en el Páramo, tradicional sector del centro de la ciudad.

Al llegar, tríos de hombres de saco y corbata que afinan sus guitarras se preparan para recordar las melodías de José Macías y Luis Carlos González. El trago como río desbocado corre de mesa en mesa y la rumba no parece tener fin.

Todos se mezclan. Las mujeres se cambian de mesa, los hombres prenden sus celulares y las miradas de conquista se cruzan. A eso de las 6:15 de la madrugada, cuando el encuentro está en su mejor momento, una de las parejas decide marcharse, la otra pareja cancela la cuenta y llegan hasta la Plaza de Bolívar donde un caldo con cilantro, papa y una buena presa de pollo, los saluda y les anuncia que un nuevo amanecer ha llegado.

Las manecillas del reloj llegan a las 9:00 de la noche y un grupo de cuatro niñas se disponen para salir de fiesta. “En Pereira la rumba es hasta el amanecer”, dice una de ellas mientras se acomoda una camiseta ombliguera que deja ver su esbelto cuerpo.

Las otras tres mujeres, una termina por maquillarse y las otras dos lucen *jeans* y camisetas pegadas al cuerpo que las hacen ver muy atractivas. A los pocos minutos dos grandes camionetas de cuatro puertas y vidrios polarizados anuncian con su pito que acaban de llegar. Bajan las ventanas, abren las puertas y se asoman varios hombres que exigen a las mujeres que velozmente ingresen a los autos.

Música estridente dentro de los vehículos y la primera parada es en uno de los bares del sector de la Circunvalar, donde a lado y lado de la calle hay distintos sitios en los que se puede comer y abrir la rumba con un primer trago.

Carcajadas, chistes, cigarrillos y música acompañan al grupo hasta las 11 de la noche, momento en que deciden tomar camino hacia el sector de la Badea en el cual discotecas con música bien fuerte los invitan al frenesí de la rumba.

Allí la gente baila encima de las mesas, las luces recorren cada rincón del lugar, se aprecian mujeres que bañadas en cerveza coquetean con hombres... y hay trago, pero mucho trago. “Esta rumba es única, es diferente”, grita emocionada una de las niñas, que envuelta en humo de cigarrillo no para de brincar.

La música no se detiene, los vidrios lloran de sudor y aparece una tanda de la denominada “música para planchar”. La gente canta los discos, se besan, gritan y la emoción se apodera del sitio. A la 2:00 de la mañana el *disc-jockey* anuncia que el lugar debe cerrarse por aquello de la hora zanahoria.

Las parejas se miran y el anuncio no parece importarles. Las mujeres toman sus bolsos y los hombres se acomodan sus gruesas chaquetas. Descienden de la Badea a una velocidad que se siente cuando las llantas de la camioneta chirrean. Su nuevo destino: el Páramo, sector tradicional del centro de la ciudad reconocido por ser el punto de “remate” de la rumba.

Al llegar, tríos de hombres de saco y corbata que afinan sus guitarras se preparan para recordar las melodías de José Macías y Luis Carlos González. El trago como río desbocado corre de mesa en mesa y la rumba no parece tener fin.

Todos se mezclan. Las mujeres se cambian de mesa, los hombres prenden sus celulares y las miradas de conquista se cruzan. A eso de las 6:15 de la madrugada, cuando el encuentro está en su mejor momento, una de las parejas decide marcharse, la otra pareja cancela la cuenta y llegan hasta la Plaza de Bolívar donde un caldo con cilantro, papa y una buena presa de pollo, los saluda y les anuncia que un nuevo amanecer ha llegado.

Hasta gaiteros hay en Pereira

La agrupación se prepara para XXIII Festival de Gaitas en Ovejas, Sucre

El sonido de bullerengue se sentía a la distancia. La lluvia no importaba, ni mucho menos el frío que se colaba por los corredores del bar, que obligaban a calentar la garganta y el cuerpo con un par de aguardientes.

La rumba la encendía la agrupación Canto Mestizo, conformada por una docena de muchachos que nacidos bajo el cielo del bambuco de José Macías, los poemas de Luis Carlos González y los pasillos del dueto Renaceres, decidieron desde muy jóvenes acercarse a la música del Pacífico.

Los asistentes de esta noche miraban con detalle los pitos, las flautas de millo, las tamboras, los sombreros vueltiaos y las guayaberas blancas, que lucía cada uno los integrantes, pero sobre todo fijaban su mirada en las gaitas, que generaban un ruido estrepitoso y ameno, recordando para muchos las cumbias de Totó la Momposina y para otros, la fuerza musical de Lucho Bermúdez y de Pacho Galán.

Luego de su primera salida, el líder de la agrupación, Carlos Arturo Rendón Henao, un hombre de cabello largo ensortijado, tomó un respiro y recostado en una de las esquinas de lugar, me dijo con su mirada encendida que la música hay que sentirla, que las melodías sirven para abrazar a la gente y son un gran puente de comunicación.

Los primeros pasos del grupo –recuerda Carlos Arturo– se remiten a los años 90, cuando un puñado de adolescentes del plantel Juvenal Cano Moreno de la ciudad, mostraban inquietud por la música pero no tenían rumbo alguno. “Nos encontramos un poco de locos pero con ganas de hacer cosas diferentes. Queríamos hacer música pero no sabíamos cuál. Empezamos por las quemadas, marcas, guacharacas, dos

tamborcitos y gente como Didier Ángel Higueta y César Hernando García, que sabían de música. Ellos nos dieron una mano”, dice en medio de risas que se confunden en el lugar.

En 1992 aparecieron con el nombre Carnaval Papayero, pero la euforia tan solo duró unos pocos meses. El desorden era evidente y faltaba más preparación. “No queríamos ni el bambuco ni la música andina, para esa música había gente muy profesional. A nosotros nos gustaba la fuerza de las melodías del Pacífico: el merengue, la puya y los ritmos rápidos”, me dice.

Carlos Arturo se inscribió en el programa de Música de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Tecnológica de Pereira, allí conoció de partituras, instrumentos y armonías. Luego surgió la agrupación Lum-balú, destacada agrupación de música del Pacífico, de donde salió con el paso de varios años el conjunto Canto Mestizo.

Viaje rifado al Magdalena

Una mañana, el grupo recibió una invitación para asistir al Festival de la Cumbiamba en el departamento del Magdalena, pero los bolsillos de los integrantes andaban, como suele pasar con los cultores, vacíos.

Pero la oportunidad no se podía dejar pasar y Carlos Arturo decidió rifar el viaje para que varios del grupo asistieran con el objetivo de aprender y traer nuevos conocimientos para los músicos. “Era un viaje sin regreso, sin plata... ¡pero allá fuimos! La gente nos enseñó varias cosas. Nos regalaron pitos atravesados y flautas, y desde ese instante no hemos perdido el contacto con ellos”.

Los ensayos seguían, las presentaciones llegaban y hubo algo de dinero. “Nos llegaron a pagar hasta 150 mil pesos, que para esa época era muy bueno, pero más allá de dinero -que es importante- está es la pasión por la música”, dice estirando el cuello.

Luego vino la invitación al Festival de la Gaita en Ovejas, Sucre, reconocido encuentro que promueve la música afrocolombiana, la promoción de sus instrumentos y la riqueza de la memoria de esta cultura. “Los pueblos de la Costa son cultos. Aman lo que tienen. Quieren a sus

ancestros y respetan la memoria de los mayores”, dice Carlos Arturo, quien levanta ambas manos y expresa que el próximo mes de octubre esperan asistir al XXIII Festival de Gaitas. “Haremos todo lo posible por ir”.

La riqueza de los viejos

A lado de los mayores -cuenta- que asisten a estos festivales, Canto Mestizo afinó el verdadero gusto por esta música. “Nosotros aprendimos de los viejos, de los cuales muchos de ellos ya no están. Muchas veces se tiene a los viejos y por tenerlos acá, no los valoramos y muchos no investigan”, dice.

Cada vez que Canto Mestizo va a un encuentro de música, se sientan a estudiar, a descubrir los secretos que tienen los ancianos. “Al lado de ellos se aprende a fomentar el verdadero nacionalismo y el sentido de pertenencia por nuestras raíces. Con esta música se cuidan nuestras tradiciones. Lo que nos dejan los mayores es un legado fuerte y lo que debemos hacer nosotros es seguir entregado este tipo de música. La responsabilidad nuestra es que siga creciendo”, dice.

Carlos Arturo vuelve a abrir los ojos y señala con la mano derecha levantada, que cuando el grupo asiste a un festival no va a emborracharse. “Vamos a tocar, a escribir, a escuchar a los viejos y las narraciones de los mayores. Hacemos investigación y pensamos en la formulación de métodos para la enseñanza de esta música”.

Los años de experiencia, ha servido para que sean invitados a los pocos festivales, muchos de ellos perdidos en el calendario de eventos folclóricos del país, como el del Tambor en Palenque, San Cayetano en el sur de Bolívar y el del Guarapo en Tuluá, donde los expertos han valorado el talento, el dominio de los instrumentos y el timbre de la voz.

En el 2001, prendieron la rumba en el Festival del Pasillo de Aguadas, donde en medio de las brumas de esta población caldense, la puya y el merengue, sirvieron para sacudir a los asistentes de sus sillas. “Para combatir la violencia no se necesita de un fusil. Se combate con alternativas para crecer. De muchacho si no hubiéramos encontrado la

música hubiéramos sido delincuentes, pensábamos de jóvenes que no podíamos tener hijos porque todo era muy limitado, pero pudimos crecer”, dice.

Han pasado casi dos horas de intenso jolgorio, movimiento de caderas y hombros y Carlos Arturo me ha contado anécdotas y pasajes de trascendencia del grupo, pero antes de despedirse, este hombre entregado a la música tradicional, traza su diferencia con tendencias como el *reggaeton* y argumenta que ese tipo de música no tiene armonía concreta. “Solo es un desorden. No produce un desarrollo intelectual, ni un crecimiento de nuestra propia identidad. Esa música nos afecta”.

Los jueves, la cita es en La Cuadra

Como buena parte de la historia diaria que se ha construido en Pereira, La Cuadra nació de un ejercicio de voluntades, esta vez de artistas. Un grupo de viejos amigos: Viviana Ángel, Javier García, Carlos Enrique Hoyos y Jesús “Chucho” Calle, habitantes -varios de ellos-, de casas contiguas sobre el sector de la Circunvalar (calle 12Bis con carrera 12), decidieron abrir las puertas de sus talleres de trabajo e invitar a la gente a que siguiera y apreciara qué obras artísticas adelantaban o qué artista con su obra era el invitado.

La iniciativa nació a principios del año 2000 y tuvo como nombre: La Cuadra, Talleres Abiertos. Sus gestores, acordaron que la apertura de sus sitios de trabajo y de sus obras, sería el primer jueves de mes, a partir de las 7:00 P.M. El proyecto cobró tanta importancia, que desde sus inicios, La Cuadra se convirtió en un referente cultural para los artistas de Pereira y para el arte de Colombia. Eran los talleres de los artistas. Eran casas de dos plantas, medianos espacios, paredes altas, escaleras hasta de 30 peldaños, ventanales, pisos de madera, esculturas, paleta de colores, pinceles de varios tamaños y olor a óleo. Era estar en la entraña de la vida del artista.

Entonces la cita era los jueves. La romería de personas agendaba ese día para desplazarse hasta el lugar y así empezar a descubrir cuáles eran las expresiones artísticas y sus exponentes. En un lugar, un conversatorio, en otro una obra reciente, en aquel espacio, una serie de fotografías, en este sitio, esculturas de mediano tamaño, más allá, una colección de afiches, boletas y acetatos de grupos de rock del Eje Cafetero. Así el diálogo de saberes, el intercambio de ideas, la construcción de conocimiento alrededor del arte, fue creando un espacio único y auténtico, que tenía como propósito dar a conocer qué pasaba con el arte, qué pensaban los artistas y cuáles eran sus propuestas.

A los pocos meses de inaugurada la idea, se unió el Centro Colombo Americano, la Asociación Germinando, la Iglesia Presbiteriana y la Fundación Raíces. Todos cerca los unos de otros. De esa manera, el recorrido creció, la posibilidad de ver distintas manifestaciones aumentó. Era

interesante observar a cada artista dar la bienvenida en su taller y ver cómo guiaba a los visitantes por el espacio. Viviana hablaba de artista y sus tendencias, “Chucho” citaba nombres y períodos de arte, Javier exaltaba la fotografía y “El Flaco” Hoyos, tomaba el carboncillo en su mano derecha y trabajaba sobre el papel mientras la gente lo miraba en silencio. El plan era didáctico y ameno.

El arte se volcó sobre La Cuadra. Desde el *performance*, las bandas, la academia, los escritores, las editoriales, los pintores y los artesanos, encontraron un espacio para la difusión de sus obras. El proyecto se convirtió en ese espacio de diálogo abierto y sincero, donde el artista daba a conocer su obra y el espectador la recibía, la contemplaba y era en ese instante cuando surgía ese contacto informal artista-visitante, que provocaba un intercambio de saberes, el cual era de utilidad para los dos. Eso tenía La Cuadra, esa informalidad, esa frescura, esa espontaneidad que no se daba en otro lugar. Por eso, esta experiencia en esos 20 años fue relevante para el arte en la ciudad. La trascendencia fue tan alta, que artistas de otras latitudes enviaban sus propuestas para dar a conocer su obra en los talleres de La Cuadra. Nombres de otras partes, nuevas formas de ver el arte, expresiones diferentes, voces diversas, tuvieron en éste lugar un espacio de expresión. La Cuadra se convirtió en la agenda mensual del arte en Pereira.

Gestores culturales y artistas de otras ciudades de Colombia, se dieron a la tarea de hablar con los promotores de La Cuadra con el propósito de replicar el proyecto. Lo hizo Manizales, lo promovió Armenia, lo fomentó Medellín, lo echó a rodar Bogotá y ya había Cuadras en distintas ciudades del país. La provocación y el aliento, solo les duraba unos cuantos meses mientras que La Cuadra y sus talleres abiertos, permaneció por 20 años.

Los episodios de cada jueves siempre fueron diferentes. Desde el aguacero que obligaba a que la gente se refugiara en las esquinas y los costados de las casas, la ausencia de energía y una cuadra a oscuras hasta el frenesí del *rock and roll*, la danza, del desfile de modas, los niños y los lápices de colores, el concierto de la Banda Sinfónica, el homenaje a Martín Abad, el Festival Gastronómico y decenas de ocasiones, que sirvieron para hacer visible al artista y su obra.

El encuentro finalizaba hacia las 11 de la noche, cuando cada taller recogía las sillas, las mesas, algunos toldos, la banda empacaba sus instrumentos, el artesano envolvía su tapete y se marchaba con su tula de anillos, aretes y manilas y llegaba la hora de la despedida. Los adolescentes en gallada tomaban camino, alistaban su morral y antes de partir empacaban entre las fotocopias de la clase, la postal de ese jueves, recuerdo inolvidable que reseñaba por una cara cada exposición y por la otra, la obra del artista invitado.

La última Cuadra fue a inicios del 2020, la gente asistió a la gran fiesta de cierre. Yo estaba en un costado y casi no lograba moverme debido al número de personas en los andenes y las calles, en la tarima estaban Edwin Laverde y Jesús Calle, quien leyó un comunicado en el cual se anunciaba el cierre de La Cuadra. La gente decía que no, que el proyecto no se podía acabar, pero lo que se escuchó fue la voz ahogada y melancólica de Jesús Calle, que le puso punto final a una de las experiencias artísticas más importantes de Pereira. Los jóvenes guardaron silencio y a los pocos minutos, se marcharon, sin antes mencionar que para ellos, el lugar del encuentro para hablar de arte fue siempre los jueves en La Cuadra.

El parque de Provi

Recuerdos de uno de los sitios más tradicionales de Pereira

El primer parque que conocí al llegar a Pereira, fue el de Providencia. Lo veía desde el amplio ventanal de la alcoba de un cuarto piso de una casa esquinera a donde llegué a vivir. El lugar lo debía atravesar en las mañanas camino al periódico La Tarde, y cuando iba, lo hacía escuchando desde mis audífonos las noticias diarias: la actividad cafetera, las notas oficiales, los hechos judiciales más atroces y algunas veces, la agenda de la película de la semana, la función de teatro y uno que otro concierto de rock en algún punto de la ciudad. Caminaba rápido.

Cuando le ganaba tiempo a las manecillas del reloj, paraba en la tienda de don Medardo Piedrahita, ubicada en una de las casas que daba al frente del parque y con quien logré entablar una rápida relación, la cual giraba alrededor de la historia del sitio, de cómo era entre semana y la rutina de los fines de semana y de los días festivos.

Alguna tarde recordó cómo 23 años atrás, él y Martha Cecilia Madrid sembraron los árboles que hoy acompañan el parque. Ellos se dieron a la tarea de plantar acacias, manizaleña, casco buey, guayacanes y un urapán, que con el paso de los meses fueron abriendo sus ramales y estiraron su tronco, y hoy son un atractivo que disfruta el vecindario.

Otra tarde, mientras compraba lo necesario, don Medardo me trazó con sus dedos el croquis de personas y sus trabajos, que me podrían dar la mano en algún momento, y que se localizaban en viviendas muy cerca al parque. Lanzó su dedo a la derecha y me habló de un joven experto en reparar computadores; en diagonal, la peluquería en un primer piso de un edificio, un lugar amplio donde había corte de cabello, tinturado y *manicure* de uñas y de pies. Al otro costado el colegio, cerca de allí una miscelánea, dos cuadras más allá, un mediano gimnasio y por esa misma acera, una tradicional cafetería que abría sus puertas bien temprano.

Rodean al parque, me decía don Medardo, casas enormes de tres y cuatro pisos con alcobas de techo alto, sala-comedor, cocinas amplias con alacenas, escaleras con treinta escaños, garaje doble, patio con alcoba de servicio, largos pasillos y ventanales. Con el paso de los años, varias de esas viviendas se transformarían en múltiples apartaestudios con baño, cocineta y habitación, que servirían para alojar a trabajadores, estudiantes y profesores que arribaron a Pereira en busca de un nuevo proyecto de vida.

Por voz de don Medardo, me enteré de los orígenes del barrio, que provenían de 1946, y que Providencia era uno de los lugares más apartados del centro de Pereira. En ese año, Rafael Agudelo Correa, un ingeniero civil, conformó la Sociedad de Construcciones Obreras Económicas Barrio de la Providencia, y ese mismo año empezó la construcción de sus casas, que se convirtieron en hogares de familias de pensamiento y allegados al partido político conservador, que con los años hicieron del barrio un lugar tradicional y que velaba por los valores conservadores.

El parque es un cuadrado con cortas escalinatas a los lados, que dan salida a adoquinados caminos, con pequeños y redondos jardines, donde también hay una fuente. En uno de sus lados está la iglesia de San Cayetano, que todavía hoy abre las puertas a los feligreses en horas de la tarde y noche. Los domingos el lugar se colmaba para escuchar la misa cantada del Padre Pacho, que para unos resultaba estridente y para otros era un deleite. De la iglesia, cada mañana aún sale el sonido de campanas que despierta a los residentes. Así empezaba el día.

Pronto me di cuenta de que a don Medardo bastaba con decirle un par de frases para que su memoria se activara y recordara episodios y momentos que él tenía calcados en su mente.

En esas mencionó la explosión ocurrida a la antigua sede del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), a las dos cuerdas del parque, cuando en mayo del 2010, como a la una de la madrugada, la explosión de un petardo dejaría averías en el edificio. El estruendo provocó daños en varias ventanas de decenas de vecinos, que luego en la madrugada les tocó levantar con escoba y recogedor pedazos de vidrio y escombros que encontraban a su paso.

A los días me dijo entre dientes que lo ocurrido con la explosión en el DAS se debió, según versiones, a una retaliación del Ejército de Liberación Nacional (ELN) por incursiones en operativos del DAS en varias localidades del departamento de Risaralda.

Además de mis compras periódicas en la tienda de don Medardo, solía ir los días sábados, hacia la hora de las onces, a la cafetería ubicada en la esquina desde donde se ve el parque. Allí sentado en esas sillas metálicas, conocí el pintado, la parva, los 'liberales' y los verdaderos buñuelos redondos. Mientras saboreaba semejantes viandas, veía a unos infantes jugar, otros patinaban y más allá, una señora alistaba la parrilla para la venta de arepa con chorizo y brochetas de carne de cerdo.

Del otro lado del parque observaba al distinguido y al autoproclamado Papa Negro, a Héctor Escobar Gutiérrez, escritor y poeta, quien erguido caminaba de negro entero, camisa de puño, pantalón y zapatos. Cuando salía por el andén de su casa sobre la calle 21, los ojos de los vecinos se fijaban en él. Escobar tenía cierto imán, una magia que lo envolvía, para muchos oscura y sospechosa, la cual provocaba incluso el silencio de personas que lo veían pasar. Yo lo veía irse a pie hacia el centro de Pereira.

Por mi oficio en el periodismo cultural, me acerqué a Escobar y logramos sostener una relación basada en la prosa, en la poesía existencialista francesa, en sus sonetos, en su mirada pesimista de la vida que terminaba dejándolo ver como un hombre irónico y descreído.

A los pocos meses de conocer a Escobar, leí sus escritos en la revista literaria *El Malpensante*, luego supe que una estudiante de la Maestría de Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira (UTP), elaboró un estudio en detalle de su obra como sonetista. También se publicó un perfil-literario que hizo el periodista Juan Miguel Álvarez en *El Malpensante*, al igual que algunos libros a su nombre. Así pasaron mis primeros meses de estancia en Providencia.

Solía despertar a escribir a las 4 de la mañana, y encendía la bombilla de la lámpara de piso alta, que luego los vecinos me lo hicieron saber, golpeaba con su rayo las demás ventanas de las casas de la cuadra,

lo que los despertaba y les impedía volver a recobrar el sueño. Y una noche, una vecina mayor de edad, de cabello ensortijado corto, gafas redondas gruesas, piel blanca y vestido negro hasta los tobillos, me esperaba sentada en una de las bancas largas de madera con patas delgadas de acero, localizada en un costado del parque. Ella miraba fijo la esquina, a la espera de que yo apareciera y al vernos me dijo:

—Usted por qué enciende la luz tan temprano.

No supe cómo responder. Me entró de repente un sentimiento de culpa. Sentía que aquella luz encendida tan temprano le quitaba el sueño a decenas de seniles. La señora y yo caminamos por el parque y ella me seguía recriminando por mi acto y al cruzar y bajar las escalas, y con la iglesia de fondo, me indicó con su dedo índice:

—Mejor, acuéstese temprano, aquí en Provi nos gusta acostarnos temprano.

Sin despedirse, la señora siguió su camino y yo el mío. No le alcancé a decir nada. Al otro día, no encendí la luz por aquel llamado de atención. Me corría por el cuerpo una sensación de impotencia, me invadía cierta indignación y un grito agónico que no pude sacar. Sentía que por no poder iluminar mi alcoba, me estaban quitando una parte esencial de mí. A oscuras y sin poder escribir, ruñí con rabia las esquinas de mis uñas de la mano izquierda hasta quedar acurrucado en el suelo.

Esperé a que la tienda de don Medardo abriera. El saludo fue breve. Vi que en una de sus vitrinas ofrecía una lámpara de escritorio que le pedí me vendiera. CANCELÉ y enojado crucé el parque. Llegué al apartamento y muy temprano al día siguiente, conecté la lámpara que me ayudó a empatar algunas líneas. A las 7 y media de la mañana salí y al cruzar el parque, la misma señora me salió al paso y me dijo:

—Sí ve que sí podía. Es que así somos en Provi.

De tango y de jazz por la 97.7

Le hice el pare al taxi a eso de las 10 de la mañana. El vehículo amarillo matriculado en la ciudad de Pereira, me condujo a la Terminal de Transportes para luego abordar un microbús hacia Manizales.

Durante el trayecto, el hombre, un tipo descamisado, de bigote poblado, patillas gruesas y entradas prominentes, me habló de sus 12 horas de trabajo, necesarias para obtener la cuota –en su orden de importancia–, una buena parte para el dueño de automóvil, le seguía el sustento de su familia y por último, el tintico para él.

Levantó sus cejas pobladas, las cuales vi por el espejo retrovisor, cuando me dijo que para hacer más liviana la jornada laboral, sintonizaba de manera sagrada el programa de tangos que se pasa por la Emisora Cultural de Pereira, Remigio Antonio Cañarte, más exactamente en los 97.7 en la frecuencia modulada. Estación que tenía grabada en la memoria de su radio. “Me recuerda mis andanzas en Buenos Aires, mi pueblito en Antioquia. Yo soy de allá”, me dijo con nostalgia.

Lo de Remigio Antonio Cañarte, nombre actual de la estación, se debe al destacado presbítero, que hizo parte importante de la vieja historia de la Villa de Cañarte, que años después se convertiría en Pereira. El jerarca de la iglesia es recordado por su gran participación en la historia de la región y ayudó con su pensamiento e ideas a que el departamento se separara del Gran Caldas.

Dos cuadras más adelante y cuando el vehículo pasaba por lo que queda de la antigua galería, el conductor agregó que llevaba 18 años viviendo en Pereira, de los cuales 10 de ellos los había dedicado a manejar taxi. “Pereira me ha dado de todo...hasta la posibilidad de escuchar tango”, anotó. Al tomar una curva le pregunté las causas que lo llevaban a ser tan fiel al segmento radial. “¡Ah!, es que el que lo hace sabe...ese es un verriondo pa’ eso”, respondió.

El fornido conductor se refería a Alex Giraldo, disciplinado promotor del tango que ajustó más de un lustro al frente de un programa de tangos, que goza de un buen número de oyentes, que siguen semanalmente sus historias sobre Carlos Gardel, el fox y la milonga.

Al bajarme de coche amarillo, el conductor de Buenos Aires me conminó a que le parara oreja al programa de Giraldo y cerrando la puerta mencionó: “Si a usted le gusta el tango, seguro que le va a gustar”.

En la ruta a Manizales –a la altura del sitio conocido como Tarapacá– la única estación que ingresaba por la antena del bus era la de la Emisora Cultural de Pereira, que acompañó con bambucos y pasillos a los pasajeros del bus. Pensé en la cobertura y recordé que la señal llega hasta el más lejano de los municipios del Quindío, va al sur de departamento de Antioquia e incluye algunos municipios del departamento de Chocó.

Ya en la capital caldense, la cita era en uno de los billares del centro de la ciudad con unos jóvenes escritores que me ayudarían a ponerle fin a uno de mis artículos de prensa. La charla se extendió durante varias horas de la tarde y en varias ocasiones, las futuras promesas literarias, exaltaron el impacto de la emisora, la cual calificaron de buena, bien planeada y aseguraron que los programas los escucha la población estudiantil que reside en Manizales.

Del céntrico lugar nos dirigimos hacia el sector del Triángulo, donde un escritor de la Universidad de Caldas me esperaba para darme una declaración. Sentados en la sala de su casa, me dijo que por tradición la lectura de sus textos la acompañaba con la programación de la Remigio

La noche llegó y luego de una opípara cena en Chipre –balcón que deja ver el brillo de la ciudad– salimos hacia El Cable, donde una mesa en Juan Sebastián Bar nos esperaba. El legendario lugar le rinde culto al jazz, lo que de inmediato me llevó a hablar de Wilman Salinas, conocedor de tendencias, grupos y voces del extenso mundo del jazz y quien durante varios años ha colaborado como programador de la emisora. El tema fue familiar para varios allí reunidos, y uno de ellos

recordó que por el dial de la Remigio se le ha hecho juiciosa difusión al Festival de Jazz que cada año promueve con esfuerzo Pablo Sánchez Gil.

Al día siguiente por el curvilíneo retorno entre Manizales y Pereira, solo se escuchó la Remigio, de donde se anunciaba, en la voz de Mildreth Sánchez, la charla a cargo de Juan Carlos Garay, joven melómano que estaría en horas de la noche en la capital risaraldense, hablando de la evolución del jazz.

En la presentación, la cual tuvo lugar en la Cámara de Comercio, estaba Salinas, quien hizo una rápida introducción al tema y mencionó varios datos biográficos de Garay. Confieso que a la intervención de experto llegué tarde, pero recogí datos novedosos para un nuevo texto periodístico.

Hacia las 9:30 de la noche y agotado, decidí tomar un taxi, con la sorpresa de que era el mismo señor de Buenos Aires, que un par de días atrás me había llevado a la terminal.

El cansancio impidió que me fijara en él, pero el conductor sí se acordó de mí. Minutos más adelante, me llamó la atención preguntándome, con esa amabilidad paisa que los caracteriza, que si me acordaba de él. Fijé un par de segundos mi atención en su rostro y lo recordé por el tema de los tangos. Le mencioné 'Yirá, Yirá' y sin vacilar me dijo: "eso lo canta Alberto Castillo". Unos metros más adelante le lancé: 'Melena'. Sonrió y respondió: "Roberto 'Chato' Flores". Una cuadra antes de mi descenso, me dijo: "Veo que se animó a escuchar tangos". Esos temas son los de costumbre, le respondí, "pero siga escuchando la Remigio, que es por ahí por donde pasan el mejor tango... ¿Cuánto fue esta carrera?".

Tomando tinto con “Beethoven”

Semblanza de un músico que brilla por su sordera en la banda de rock Katarsis

Una guitarra por 10 mil pesos

Los muros que visten las calles céntricas de Pereira, aún recuerdan los rostros de varios candidatos que a partir del 1 de enero dirigirán los destinos de la ciudad. De esas imágenes roídas por la lluvia y por otros carteles superpuestos, se observa la risa fingida de ese político de bigote, que sabía que el único camino para ascender al poder era a través de la maña de la “maquinaria” o de la compra de votos. “¡Ve!, mirá, quedó este”, señala con ironía un señor a otro mientras caminan por el atestado lugar.

Al otro lado de la calle se encuentra Carlos Andrés Cardona Cardona, quien se distingue por su cabello largo ensortijado, un fino arete que sale de su oreja izquierda, unas gafas metálicas redondas que remiten al Beatle Jhon Lennon y una camiseta negra marcada en el pecho con el nombre Katarsis, para muchos la banda de *Rock Metal* más importante de la ciudad.

Cardona es el bajista de esta agrupación y llegó allí después de horas de ensayo continuo y hacerle frente a una de sus mayores adversidades, que hoy se ha convertido en una ventaja: una limitante auditiva que pareciera alejarlo de la música, pero por el contrario, y como lo dicen quienes lo conocen, este joven de 29 años de edad, es en la actualidad uno de los mejores músicos de la región.

La deficiencia en sus oídos –cuenta Carlos– fue heredada de sus tías gemelas, quienes generaron el problema, el cual le llegó a él y que de niño le impedía –de manera parcial– hablar y escuchar. Cuando cumplió cinco años, sus padres notaron que aún no hablaba y que para pedir los objetos, debía señalarlos. Ellos acudieron a expertos que le ayudaron a “soltar la lengua” y mejorar hasta en un 70 por ciento su audición.

Lo de la música vino por el lado de su padre, Leonel Cardona, intérprete de tangos y temas populares y quien con destreza manejaba la bandola, tiple y guitarra. A Carlos lo seducía la guitarra que reposaba en la pared de su casa en el barrio Cuba, de donde la descolgaba y sacaba de ella sus primeras notas. “Toca insistir mucho”, le decía su padre.

Durante sus estudios de bachillerato hizo parte de las bandas marciales de varios planteles, donde adquirió el ritmo, el compás y el trabajo en grupo. Mientras eso sucedía, Carlos recibía la música programada por las desaparecidas estaciones Veracruz Estéreo y Radioactiva, que llevaron a través del dial todo el rock puro y cristalino de los años ochenta, lo que marcaría su carrera musical.

Pero hubo un hecho que lo marcó aún más. Un ataque fulminante al corazón de su padre, desató un capítulo negro en la vida del músico. “La muerte de mi padre fue decisiva. Fue un momento muy oscuro. No encontraba salida. Yo no sabía qué hacer con mi vida, pensé que la muerte de mi padre era también el fin para mis días”, recuerda al tiempo que mueve con velocidad las falanges de sus dedos, y agrega que ese espacio negro lo ocupó la música.

La estocada final por la música la tomó luego de ver a un intérprete de guitarra acústica durante una marcha en la Plaza de Bolívar. “Si él lo hace, yo también”, pensó. Por 10 mil pesos compró su primera guitarra y como lo menciona, se fue metiendo. “Me despertaba tocando la guitarra y me acostaba igual. Todo el día le daba y le daba. Aprendí solo”. Contrario a la ferviente decisión de Carlos por este instrumento, decenas de voces no veían un futuro estable.

La puerta en la cara

En 1999 recibió su título de bachiller y quiso estudiar Cálculo y Matemáticas en la Universidad Tecnológica de Pereira, donde un funcionario de la institución, que Carlos no recuerda, le dijo que no lo podía hacer porque a raíz de su problema auditivo él no tenía capacidad para pensar. “No me permitieron ni entrar, ni siquiera presentar la prueba”.

Circunstancia que poco le importó y de esta universidad, que se ha caracterizado por promover la tolerancia y la igualdad, se trasladó al

Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) en el municipio de Dosquebadas, donde buscó un cupo para estudiar Sistemas. En el lugar otro funcionario le dijo que eso tampoco era para él, porque no podía pensar. “Eso fue un golpe fuerte”, menciona.

Lugo trabajó como supernumerario en la Registraduría Nacional del Estado Civil, pero con los cambios de administración, los nuevos directivos le dijeron “ese señor sordito no me sirve”, recuerda, y como respuesta a lo anterior decidió instalar un local de comidas rápidas donde vende perros y hamburguesas. “Mucha gente lo ve a uno con impedimento y lo quieren es hundir más. Uno no se puede dejar pisotear de la gente”.

Sinfonía a la alegría

La carrera por las bandas locales empezó con El Hojín. Allí ingresó en 1998 como guitarrista pero en los ensayos, los integrantes se dieron cuenta de que por la discapacidad no podía tocar un solo con el instrumento. Pero en vez de cerrarle la puerta, lo cambiaron al bajo, que da un sonido más grueso y es más fácil de percibir. La banda tocaba rock en español, baladas de los sesentas y temas de los ochentas. Los contrataban para las fiestas aniversarias de los pueblos y fiestas particulares, “Me retiré, quería alcanzar más”.

Luego pasó a la banda del hoy ex concejal Ancizar Duque, conocida como Armonía Latina, donde su nombre empezó a brillar. “Recibí la gratitud de la gente, que veía cómo yo luchaba contra la adversidad”. Tocaban música de los sesentas y tropical y por espacio de cuatro años viajaron por bares de los municipios. La banda –reseña Carlos– se disolvió por asuntos económicos. “Dicen que la fama es lo más importante, pero uno de la fama no come”.

En el 2001 lo buscó Benjamín Jiménez, el émulo de Sandro y de Leonardo Fabio, quien lo apoyó aún más. Recibió de él un listado de 400 temas de solo baladas donde las sacó a puro oído. “Me encerraba todas las semanas en mi alcoba con el único objetivo de que cada fin de semana la gente recibiera un concierto perfecto”. Los toques eran

permanentes y parte de las ganancias las destinó para comprarse su primer bajo. “Los integrantes no me veían como el bajista sino como el músico”.

El arribo al rock fue luego de recibir la oportunidad de hacer parte de Katarsis, cuando con sorpresa sus integrantes apreciaron cómo con algunos niveles de sordera interpretaba el bajo. La prueba de fuego fue el 22 de septiembre de 2002, en el municipio de Marsella (Risarcaldá), donde ofrecieron un concierto; en febrero de 2003, confirmó sus habilidades en un concierto en el Teatro Santiago Londoño. Vino el tributo a la agrupación Kraken, en sus 20 años de trabajo, allí Katarsis fue la única banda de la ciudad invitada. Grabaron un primer disco compacto, y hace pocos días regresaron al país luego de una gira por Bolivia, Argentina, Chile, Perú y Ecuador. Ahora están a la espera de un concierto a celebrarse los primeros días de diciembre en Pereira.

El mote de “Beethoven”, se lo debe a un amigo, quien lo comparó con el músico alemán, también sordo. Carlos ha investigado por las sinfonías y destaca que cuando Beethoven terminó la cuarta sinfonía empezó a perder el oído, en la quinta estaba sordo y cuando llegó a la novena y en momentos en que se iba a suicidar, compuso “El Himno a la Alegría”, en agradecimiento a Dios por darle un motivo más para vivir. Carlos se levanta de la mesa, mira hacia ambos lados, cruza la calle y se pierde en medio de avisos de papel de políticos, que poco a poco se deshacen en la calle.

La doncella, las butacas y las tablas

El timbre del teatro volvió a sonar en Pereira

Escena uno

- Hola, te llamaba para invitarte a teatro
- Invitarme a qué...
- A teatro ... ¡Camina!
- ¿... y es que en Pereira se hace teatro? ¿El asunto no es en Manizales?
- Sí lo hay. Hay funciones en el Santiago Londoño y en el Lucy Tejada....¡vamos!
- ¿Y desde cuándo hay presentaciones de teatro en la ciudad?
- Pues la temporada ha sido todo este año.
- ..Y sí va gente
- A veces se llenan las salas
- ... ¿y a qué obra vamos a ir...?

Escena dos

La fila de personas alcanza los 50 metros. Es noche de estreno en el Teatro Santiago Londoño de Pereira. La obra *La edad de las circuelas* del grupo La Tropa. Asistir a teatro de autor en Pereira era casi una utopía. Para hacerlo había que trasladarse a las salas de las empinadas calles de Manizales para disfrutar de un festival que cada año reúne a los mejores grupos latinoamericanos, que por espacio de una semana muestran en qué anda la escena teatral.

Pero si resultaba imposible trasladarse a la capital caldense, había que presenciar los espectáculos de entretenimiento que sugiere la ciudad,

como la *Pelota de letras* del cuentero Andrés López, o el monólogo de la lujuriosa Amparo Grisales o en el mejor de los casos, el más reciente montaje de la pareja de actores de Medellín, El Águila Descalza.

Pero el hervor teatral que empezó a sentirse desde más de un año en la ciudad, ocasionó que actores y directores de esta milenaria expresión de origen griego se reunieran para proponer un calendario anual de obras, donde el público encontrara, en medio del auge comercial, un espacio para participar del teatro.

La actual temporada es la apertura de un nuevo capítulo del teatro pereirano, que recuerda cómo en los años 60 y 70, el teatro en la ciudad vivió uno de sus mejores momentos. Fue la época de la muy mentada Antonieta Mércury, Reina Sánchez, Gustavo Rivera, “Pacho” Tejada y Hernando Rozo, por citar a varios de ellos, que forjaron toda una escuela de hacer teatro en la ciudad y en gran parte del país y ayudaron a conformar grupos como Palo q’sea, hoy radicados en España y reconocidos como uno de los grupos de habla hispana más importantes.

Ellos construyeron en esa época el imaginario teatral, pero luego armaron sus maletas y se echaron a perder, y como suele suceder en Pereira, la memoria, en este caso la dramática, se fue por lo más hondo de sifón y de ese episodio escénico solo queda la nostalgia.

Tocó empezar de nuevo. Cautivar público, llenar de carteles los bares de la ciudad, irrumpir con zanqueros por las calles, maquillarse el rostro de clau, repartir volantes y agrupar a los actores en una asociación.

Escena tres

La temporada anual de teatro programada una vez por mes, los días viernes y sábado– genera una dinámica permanente de presentaciones, donde el público tiene la opción de asistir, pero también obliga a que los grupos preserven un nivel de producción constante en la preparación y ajuste del escenario, la música, el maquillaje, las luces, la ambientación y la disciplina de los actores. “Estamos rearmando la atmósfera teatral. Abierta la temporada, surge un pretexto para que los grupos tengan una dinámica de creación. Los actores se deben a ese

público, y en ese sentido las presentaciones son el pretexto para que los espectáculos se sigan moviendo en la ciudad.”, dice Alonso Mejía, director desde hace cinco años del grupo La Tropa.

Pero al hacer la evaluación del teatro que se ha visto, Merardo Aristizábal, veterano actor y quien no se guarda nada, exaltó la actividad, pero contó que vio con preocupación que lo que se ha presentado es como asistir a una película vieja y desgastada. “Todo gira en el mismo círculo vicioso, nadando en las mismas aguas. No hay actores, no hay directores y no hay procesos teatrales”. Aunque valoró los trabajos nuevos y a aquellos actores que intentan exaltar el oficio para que sea más serio y con más proyección, pero mencionó que en Pereira no hay teatro. “El teatro exige de disciplina, de horas diarias de ensayo, de formación y en Pereira no existe eso”.

Corrido el telón de las obras y ocupadas las butacas, surgen nuevos interrogantes, como la calidad de los grupos y el nivel de público. Allí hay que decir que durante el presente año hubo pocos dramaturgos y talleristas que visitaron la ciudad, y eso obedece a la condición de la cultura donde no hay recursos para ese objetivo.

Pero al hablar con varios actores de la ciudad, coinciden en relatar que ya se sabe que no hay plata y que ese es un discurso de los años setenta cuando con carteles y panfletos, los grupos de teatro reclamaban la ayuda económica, cuando hoy el pensamiento es otro y hay muchas formas de elevar la formación, como ver obras, recibir permanentes asesorías, realizar laboratorios y permanecer a la vanguardia de lo que sucede en el teatro.

En el caso del respaldo que brindan las instituciones encargadas de apoyar la cultura, Aristizábal mencionó que a estas organizaciones no les interesa el teatro ni mucho menos la cultura. En lo único que están interesados –anotó– es en actividades que produzcan dinero, votos y desafortunadamente, el teatro no da eso. “En la pobre mentalidad de ellos solo les cabe las reinas, el despecho y el aguardiente”, declaró.

También la ausencia de crítica y comentarios especializados hacen que no se cualifique al público y a las obras, lo que abre un serio vacío sobre lo que se consume y se aprecia en materia de manifestaciones

artísticas. Fenómeno que no solo se registra en el teatro sino en la plástica (*performance* y *happening*), toros, música clásica, rock, moda y arquitectura.

Escena cuatro

La actividad teatral dejó que hay 32 grupos, conformados entre tres y once actores, de los cuales 19 de ellos participaron de la programación. Hubo seis estrenos y alrededor de ocho de estos grupos tienen permanente actividad, en la cual han participado artistas plásticos, músicos y técnicos.

Lo anterior para provocar, como lo afirma el dramaturgo argentino Rafael Spregelbur y autor de obras como *Dos personas diferentes dice hace buen tiempo* y *La estupidez*, que la gente que está a la espera de que se corra el telón de teatro, lo hace porque está buscando en esa obra un lugar de absoluto extrañamiento. "Voy al teatro a ver obras raras, espacios que no existen. Hay público que quiere que le diga lo que ya sabe y el teatro no debe ser eso. Lo que yo quiero como espectador es esta invitación a recorrer lo extraño y lo real transformado en otra cosa".

El teatro, finalizó Spregelbur, debe ser un espacio formidable de discusión de ritmos, de tiempos y de maneras de percibir la realidad: "para mí, el teatro no debe ser un lugar para afirmar nada".

El estilista de la Libertad

John Jairo Franco corta el cabello desde los 15 años de edad

Johnny corta el cabello de manera rápida y con precisión milimétrica. Escucha con atención cada recomendación y mientras conversa de manera amena con su cliente, este cuidadoso estilista desliza sus dedos por el cabello que taja con sus tijeras.

Es el salón de John Jairo Franco, mejor conocido como Johnny, experto peluquero, que desde hace 26 años atiende a sus clientes en un recinto decorado con dos sillas largas de cuero, donde la gente tiene ocasión de leer revistas de farándula o las páginas de un periódico de circulación nacional de mediano tamaño.

Luego de las sillas, se ingresa al lugar donde está Johnny y su cliente, iluminados por una delgada y larga luz blanca y un espejo rectangular. Allí se ve con comodidad cómo este peluquero hace su trabajo y además se observa que han llegado nuevas personas por atender.

“Gracias a Dios tengo buena clientela. Yo manejo mucha clientela y eso es importante. El asunto es trabajar al gusto de la gente y no hacer lo que uno quiere, sino lo que la gente dice”, cuenta Johnny, quien recuerda que su habilidad para cortar el cabello surgió desde niño cuando descubrió su gusto por el arte, la belleza y la creatividad.

Esa destreza con las manos creció cuando todavía siendo un adolescente, recibió por parte de unos parientes cercanos una invitación para ir a la población de Magangué en el departamento de Bolívar, donde ellos tenían una academia de peluquería y allí aprendió más de cerca sobre el corte de cabello. Y al cumplir sus 15 años de edad, Johnny recibió su primer título como estilista.

De regreso a Pereira, su padre Fabio, un hombre dedicado a la construcción, le propuso a su hijo trabajar en ese campo, pero a este joven no le gustó mucho la idea. “Yo ya sé motilar” dijo enfático Johnny,

quien a través de un amigo consiguió un trabajo en el salón de belleza de doña Lisandra, ubicado en la carrera 7 con calle 11, donde se empleó desde el 25 de agosto de 1983 y en ese lugar permaneció por espacio de cuatro años.

Por esa época, cuenta Johnny, el corte para caballero valía 200 pesos, para dama 250 y para niño 150 pesos. A los pocos años y cuando este joven contaba con más experiencia decidió independizarse, y fue así como el 15 de diciembre de 1987, abrió las puertas de su propio negocio, el cual está marcado con las placas 7-54 en la calle 12, en uno de los sitios más difíciles del centro de Pereira, cerca al Parque la Libertad.

El lugar está enclavado en una cuadra a veces compleja, donde este hombre de fe y resguardado en la oración del Señor, ha vencido obstáculos, como lo que le ocurrió el 20 de marzo de 1990, cuando varios hombres ingresaron a su peluquería, lo intimidaron y le querían hurtar su dinero, “pero me les enfrenté y los saqué. Me hirieron pero no se llevaron nada y gracias a mi Dios no me pasó nada. Mi Dios celestial siempre me ilumina”, cuenta.

A ese episodio, Johnny le resta importancia y más bien habla de los medianos cuadros de paisajes que están colgados en las paredes del salón. Son pequeñas pinturas que este estilista aprendió viendo por televisión Señal Colombia, donde le indicaban cómo lanzar trazos y lograr un buen cuadro. “Pinto paisajes desde 1994 y me gusta cuando la gente llega al sitio y los aprecia”, menciona.

La idea del negocio –explica– es que no se vea tanto como una peluquería, “sino que la gente cuando llegue encuentre un ambiente agradable y se sienta como en la sala de su casa”, menciona.

Además de su gusto por la pintura, también colecciona fotos en portarretratos donde aparece él al lado de Vanesa Mendoza, Alejandro Estrada y Luis Javier Posada, personalidades nacionales con quienes ha compartido.

Y tiene una serie de fotos pequeñas sobre una mesa, en la cual se destaca Greicy Tatiana, la hija de Johnny, una mujer de 20 años, donde se ve que ambos sonríen. “Me gustan mucho tomar fotos, compartir

y estar en familia”, declara este estilista, quien sostiene que todos esos años de trabajo como peluquero son por el amor con que él hace cada cosa.

“Para mí lo importante es darle gusto al cliente, que la gente salga satisfecha. Yo combino la tijera y la máquina, pero a mí me gusta trabajar más con tijera porque se pueden hacer cosas diferentes”, responde este experimentado peluquero.

Ya es tarde, el sol se ha ocultado y la noche se apodera de las esquinas de la ciudad. Los gatos se asoman por los tejados y Johnny se prepara para salir y dirigirse hacia su casa. Antes de despedirse extiende la mano y dice: “es con mucho gusto y por acá a la orden”.

Metido en la piel del poeta

Entrevista con Giovanni Gómez, ganador del Concurso Nacional de Poesía María Mercedes Carranza

Eran las 11 de la mañana del aquel domingo 8 de octubre, cuando la voz de uno de los coordinadores del primer Concurso Nacional de Poesía María Mercedes Carranza, le comunicó a Giovanni Gómez que se acababa de ganar tan trascendental premio.

“El jurado se reunió ese domingo y para ese día creía que todo estaba resuelto. Que tenía que desearle felicidad al ganador y a mí mucha fortaleza para iniciar de nuevo con mi vida cotidiana. A pesar de que no le había dicho a nadie que había mandado mi libro, era un premio con el cual yo me había ilusionado”, recordó Gómez sentado en una de las mesas de la cafetería localizada en el tercer piso de la Cámara de Comercio de Pereira.

Gómez esperaba el fallo del Concurso para el 30 de septiembre, pero la decisión fue postergada nueve días más. “Eso lo tomé como una señal benéfica para mí. Era obvio que no tenía certeza de que el premio era para mí, pero tenía toda la ilusión. Yo mandé el libro pensando que tenía opción de ganar. Durante esa semana estuve muy tranquilo, pero también reflexioné sobre el impacto que podía generar esa noticia”, agregó.

La noche anterior a la decisión del jurado del Concurso, Gómez no logró conciliar el sueño. A las 2 de la mañana y desvelado, decidió ver la película *Perdidos en Tokio*. Hacia el cierre del filme, descansó un par de horas, pero muy a las 7 de la mañana se devoró las páginas de una revista que le acababa de llegar. Pero la ansiedad llegó a su fin a las 11 de la mañana, cuando a través de su celular le anunciaron que era el ganador de este premio, el cual recibió 371 libros de poesía de varias partes del país y tuvo como jurado a Juan Gustavo Cobo Borda, Mario Rivero, José Luis Días Granados, Hernando Cabarcas y Jota Mario Arbeláez.

“Luego de esa primera llamada, hablé con los organizadores quienes me pidieron que tenía que viajar a recibir el premio a Bogotá y luego me llamaron varios amigos. Ese día es inolvidable para mí. El libro no es una genialidad mía sino un proceso de 10 años. Este premio es manera de ser muy consecuente y me reivindica con lo que yo quiero ser”, anotó Gómez esbozando una leve sonrisa.

Juan Felipe y Diana

Pero Gómez es desafiante. Va en contravía de esa imagen legendaria del poeta solitario y melancólico y por el contrario, es un juicioso estudiante de la Facultad de Español y Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira, donde prepara su trabajo de grado, el cual consiste en una reflexión de los libros de poemas de Eduardo López Jaramillo. “Quiero hacer algo bien hecho. Quiero que la gente se interese por su obra y se descubra el valor que tiene. Es un trabajo para que la gente lo recuerde con afecto”, revela Gómez, quien espera que los escritores Rigoberto Gil Montoya o Cesar Valencia Solanilla sean sus asesores de este trabajo final.

También contradice esa postura del escritor errante y sibarita y a sus 27 años de edad, Gómez cuenta con un niño de 5 años, Juan Felipe, y su esposa Diana. “Mi familia me ha ayudado a construir este libro. De todas maneras uno siempre tiene una soledad y yo nunca vi a mi familia como un impedimento para hacer lo que yo quería. Por el contrario, ellos me dieron la tranquilidad para pensar en mi obra”, contó.

El día del premio sus familiares se abalanzaron sobre él para felicitarlo. “Con mi familia, lo único que siento es gratitud por acompañarme en este proceso. Este no es un triunfo solo mío”, declaró, Gómez, quien manifestó que el viaje como escritor lo hizo hacia adentro, “y yo no le podía, si llegara a fracasar, echar la excusa a las ataduras que trae el mundo. Era mi viaje y lo asumí con todo el corazón y yo era responsable de eso”, subrayó.

Por el contrario, Gómez está metido de narices con varias actividades de carácter cultural que se realizan en Pereira. Está al frente del Cine Club Cine con el Alma que tiene su sede en la Cámara de Comercio, es

director de la revista literaria *Luna de Locos* y el promotor de los conversatorios sobre poesía en el Planetario de la Universidad Tecnológica de Pereira.

“Poca gente sabía que yo me dedicaba a la poesía. Se enteraron por el premio. A mí me conocen más como gestor cultural. Pero fuera de Pereira, sí me reconocían como poeta”, explica Gómez.

“No soy esclavo de mis libros”

Esas horas de la mañana son las que aprovecha Gómez para explorar en su creación literaria. “En estos últimos años he leído mucha poesía de Colombia y de Latinoamérica. Hay también clásicos, contemporáneos y locales. Hay un mundo muy basto de lectura. Me predispongo para que la mañana sea mía y trato de aprovecharla lo que más pueda”, menciona.

No se atreve a trazar una guía sobre qué escritores seguir y dice que leer literatura lo ha abocado a pensar en el mundo. Es una lectura muy amplia. “Asumí el camino de escritor de una manera consciente y al mismo tiempo de mi necesidad de ser. He pretendido una búsqueda como una manera de ver mi vida y en ese sentido no quiero dar nombres de autores. Es más sincero que cada persona empiece a buscar sus propios autores, pero no soy esclavo de mis libros ni de mis lecturas”, enfatiza.

Pero destaca que en su formación literaria han influido, entre otros, el escritor Rubén Darío Sierra; el ensayista y novelista William Ospina, con quien ha cultivado una relación desde 1999. “Él me ha ayudado a entender el mundo. Nos hablamos cuando lo queremos. Ha sido una relación más espontánea. Hablamos cuando es vital y cuando es necesario”, dice. Y también está Eduardo López, con quien se conoció desde 1995 hasta el 2003, año de su muerte, de quien se refirió. “Somos muy distintos. No sé si fuimos amigos, pero fuimos personas cercanas y eso me ayudó mucho”.

Ahora vienen los viajes

Con este premio Gómez hace pública una de sus decisiones que defiende con rigor y disciplina, la de poeta. Con esto se abre una serie de posibilidades que redundarán en un mejor manejo para el cine club, para su trabajo literario y para su revista *Luna de Locos*, la cual llegó al número 15 y que será presentado el próximo 7 de diciembre en la librería Lerner de Bogotá y luego en Pereira.

También se abrió una ruta de viajes donde la gente podrá escuchar la poesía de este nuevo autor. A principios del 2007, reseña Gómez, viajará a la Argentina donde dará a conocer sus textos, luego estará en Chile, retornará a Colombia donde participará de eventos literarios en Cartagena, Festival de Poesía de Medellín y Feria Internacional del Libro en Bogotá.

Sobre su libro *La Casa de Humo*, Gómez cuenta que será publicado por la editorial Divinni de Bogotá y espera presentarlo a principios del siguiente año. “En Pereira he tenido la oportunidad de educarme, de conocer gente y este premio fue como el bautizo como pereirano. Esta es una manera de devolverle algo a la ciudad”, puntualizó.

**Un alto para pensar en la
temporada de grandes orquestas
en el Teatro Santiago**

Escápese con la sinfónica

Puro despecho

A sí como es Pereira de heterogénea, igual son sus manifestaciones culturales. Se destaca en primer lugar, como lo reseñan varios estudiosos, el despecho y todo lo que se deriva de allí. Las letras de canciones que van desde el imponente Darío Gómez hasta los juveniles y arrolladores Dora Libia y Jhonny Rivera, hablan de que “nadie es eterno en el mundo”, “el amor que está lejos” y “de momentos en pareja juntos” y eso indica la necesidad de volverse a unir y a recuperar, así sea por un instante, el abrazo del otro.

Unido al despecho están también los grupos de mariachis y los veteranos tríos de cuerdas, que cada noche se apuestan en la esquina de la carrera 5 con calle 17 (antiguo Páramo) que son la excusa para recordar al pariente o a ese amor, que se embarcó hacia el viejo continente, con el fin de enviar no dólares sino euros, sin importar que en esa tierra de xenófobos deban partirse el espinazo para obtener el dinero.

La resaca de ese recuerdo la refuerzan varias emisoras de la ciudad que acompañan la mañana de sábado y domingo, con música para “desenguayabar”, donde el locutor no vacila en animar a sus oyentes a mantenerse en este estado, y a prepararse para un nuevo concierto en el cual la tusa y el aguardiente no tienen límite.

Pero si apaga el dial y se va para la televisión, el fenómeno es el mismo. Un animador con camisa abierta hasta el pecho, le da paso a los videos de intérpretes, que a ritmo de bachata, tecno-carrilera y quebradita, cantan melodías nostálgicas, que por años han identificado a esta tierra pereirana.

Trabajos académicos que abordan este asunto estiman que la condición de errantes y paseantes proveniente de la cultura antioqueña, ha derivado en que muchas de las familias de Pereira se desintegren y sean las mujeres las que inicien ese éxodo hacia otras latitudes.

Posición que se reforzó con la crisis cafetera que se vino a pique con la ruptura del pacto internacional del grano en 1989 y se acentuó con el terremoto que sacudió a esta parte del país en enero 25 de 1999.

El público lo necesita

Pero enterrar la cabeza en la tierra no es la salida. Hay una serie de actores en la ciudad, que decidieron apostarle a la creación y desarrollo de opciones distintas.

Despuntan Alex Giraldo y su decidida labor por la difusión y gusto por el tango, los más de tres cine clubes del centro de la ciudad, las salas de teatro del Comfamiliar, Lucy Tejada y Santiago Londoño, La Cuadra, El Corto Circuito, la actual temporada de teatro con obras como *Dos pelaos y un quebrado*, *La Julieta de un Quijote*, *La edad de las ciruelas* y *Antifona Incorpórea*, solo por citar algunas; las actividades culturales de más de cuatro universidades, la retreta de música que se presenta cada viernes en la tarde, los encuentros gastronómicos y la segunda temporada de orquestas sinfónicas, que en la actualidad se realiza. Propuestas que refrescan la presencia diaria de la muy reconocida música del despecho y de reggaeton de Daddy Yankee y Wisin y Yandel.

En el caso del calendario sinfónico, hay que decir que la temporada de este año empezó con el gran concierto Carmina Burana de Karl Orff, iniciativa originada desde la Escuela de Música de la Universidad Tecnológica de Pereira. Luego vino la presentación de la Orquesta Sinfónica Nacional, lo que ambientó a la serie de presentaciones que empezó desde el miércoles en la noche.

“Esta temporada es de vital importancia porque se abre un espacio para conocer cualquier tipo de música, y por supuesto, para la música sinfónica o erudita”, dice María Isabel Toloza, músico de la Universidad de los Andes y quien ha trabajado con la Orquesta Filarmónica de Cundinamarca.

El ciclo es también una ocasión para apreciar grandes orquestas que vienen de distintas partes del país y que por razones de presupuesto o de reestructuración se han ido acabando.

Frente a las posibles amenazas de extinción que rondan las orquestas sinfónicas, Rubén Darío Gómez Prada, músico egresado de la Universidad Industrial de Santander (UIS), fue enfático en decir que la temporada es la mejor respuesta que tienen los músicos frente a esas posibles amenazas. Es a través –mencionó el experto– de la música como se hace un llamado de atención para que las autoridades culturales y económicas piensen que la cultura es una inversión que vale la pena. “De pronto sus frutos no se ven reflejados en dinero pero sí se ve en el crecimiento espiritual de la gente en el nivel de vida y en la sensibilidad de los niños y los jóvenes”, declaró.

Este encuentro ofrece la única oportunidad de disfrutar de intérpretes que han dedicado gran parte de su vida a estudiar música clásica y su respectivo instrumento. “Las agrupaciones sinfónicas exigen intérpretes más preparados y ellos merecen un reconocimiento, sin decir que los tradicionales no lo merezcan, pero necesariamente los músicos sinfónicos deben llegar a unos niveles de cualificación mucho más significativos y el reconocimiento económico a su labor es mucho mayor”, explicó Toloza.

Lo otro es contar en la ciudad con directores de orquesta que vienen de otras partes de mundo a mostrar su trabajo, como Luis Guillermo Vicaría, quien dirige una orquesta en los Estados Unidos, Fredy Muñoz Navarro, Giordano Bastián Cordero, concertino de la orquesta Camaguey en Cuba, Lelio Andrés Olarte, quien toca el violín, Paul Dury, director de la Orquesta Filarmónica del Valle, Martin Lebel de Francia y Julián David Linares, músico pereirano quien hace parte de la Orquesta Filarmónica de Bogotá.

“La dirección de orquesta es un campo que apenas se está desarrollando. En la Universidad Nacional salió Gustavo Parra, que fue cabeza de las orquestas Batuta a nivel nacional. Los demás han salido a capacitarse en países como Austria, Estados Unidos o Italia, porque en Colombia es un campo que está en desarrollo”, anotó Toloza.

Sobre la logística y organización, Leonardo Valdez, promotor de la temporada sinfónica a través de la Fundación Arte y Cultura por Risaralda, cuenta que el encuentro reúne a cerca de 250 músicos, que los conciertos son a partir de las 7 de la noche en el Teatro Santiago Londoño. “Pereira está creciendo y a la ciudad está llegando gente de toda parte y a la gente que no le llama la atención la rumba, le estamos ofreciendo ese espacio. Este encuentro es necesario. Era el espacio que reclamaba Pereira. Es una minoría que esperamos agrandar”, indicó Valdés. El cierre de la temporada es hoy con la presentación de la Orquesta Filarmónica del Valle.

¡Subile, subile!

(Retazo de la Galería)

El aire está fresco pero el olor a pescado es fuerte. Un señor de atuendo blanco me ofrece una libra de pescado a cuatro mil pesos. Explica mientras me acerca las truchas, que están fresquitas, que vienen del río Cauca, el que pasa por La Virginia. El señor, algo obeso, de peinado hacia atrás y con la camisa entreabierta, me pregunta si conozco La Virginia. Guardo silencio y al ratico me dice, se ve que usted no es de acá.

Al lado de su puesto, hay ubicadas en el suelo manzanas, peras y mandarinas, también hay tomates rojos de tamaño medio, algunas verduras y aguacates verdes. Hay carretas con frutas. También hay almacenes de abarrotes, de cachivaches y ferreterías.

Camino un par de metros y una señora ubicada en el mismo andén me ofrece uvas amarillas y me dice en tono lento: “vea que están maduras”. Decido comprarle. Me valen mil pesos, saco de mi bolsillo derecho un billete de dos mil y ella me da la devuelta, una moneda de mil con la misma mano con la que me dio las uvas. Sigo más allá y en una tienda cuatro señores fijan su mirada en la pantalla de un televisor donde se ve el Giro de Italia. Hablan de la competencia.

De fondo se escuchan el choque de los pocillos, las voces de otros vendedores, el regateo por el precio de los insumos, las bocinas de los carros, el tono de los celulares. Hay algarabía.

Unos metros más allá hay un café algo oscuro donde en la mesa de la izquierda, hay hombres sentados de chaqueta oscura, pantalón gris de preses y sombrero campesino que beben un café oscuro. Me espanta el ruido del radio de donde sale una voz estridente que dice: ¡subile, subile! Hay un desorden notable.

Este puede ser el último rincón que queda de la Galería, a espaldas de la plaza Victoria, donde por más de treinta años quedó el pabellón de carnes y la Galería. Camino y saco donde apuntar y cuando estoy escribiendo, una señora de cabello corto y balaca blanca me dice en voz alta: "Señor, se puede correr que me está pisando las cebollas", le pido que me excuse, saco de mi bolsillo la moneda de mil que me habían dado antes y me muevo con rapidez.

Pereira diversa

Las calles de Pereira parecían una pasarela entera. Decenas de homosexuales, lesbianas y bisexuales, se apoderaron del asfalto durante el tradicional desfile del orgullo *gay*, que se celebró el pasado sábado 30 de junio.

Las principales avenidas del centro de la ciudad estuvieron cerradas en horas de la tarde donde las carrozas con *gays* a bordo lanzaron besos al público y movían sus cuerpos mientras centenares de personas apostadas en los andenes miraban atentos y no paraban de tomar fotos.

La caravana hizo su aparición por el tradicional parque El Lago, tomó la curva hacia la carrera octava, donde se detuvo por minutos para que muchos de los integrantes de esta comunidad bogaran un trago de cerveza o probaran agua.

A pesar de que el sol daba sobre el rostro, la alegría se mantenía. Las carrozas llevaban bombas largas de colores, había música y sobre todo miles de ojos que aceptaban y aplaudían cómo en Pereira había crecido el número de integrantes que pertenecen a la comunidad LGBT.

“La gente ya nos apoya, ya no nos discrimina como antes. Mire, la gente nos está apoyando. Nuestros padres se dieron a la idea de que somos *gays*, de que somos homosexuales, de que somos lo que sea”, me dice Mateo, un esbelto homosexual que luce tacones de punta y un vestido largo rojo que le llega hasta los tobillos.

“Ha bajado el maltrato. Ya la gente no es grosera. Hay más cultura. Que rico que Pereira fuera como en otros países donde los *gays* son tratados como personas”, reitera Mateo en medio de un picante sol que pegaba en la calle. El desfile cruzó por bares como Magia Blanca, la Condesa y Santo, sitios donde esta comunidad tiene un espacio propio para encontrarse.

La marcha pasó muy cerca de la imponente Catedral de Nuestra Señora de la Pobreza, la Plaza de Bolívar, la Alcaldía de Pereira y la escultura del Bolívar desnudo de Arenas Betancur, los cuales fueron testigo de un desfile en el cual homosexuales fueron el centro de atención. Muchos de ellos lucían atuendos decorados con lentejuelas, escarcha en el rostro, aplicaciones de cuero en el cuerpo, laca, mucha laca, extensiones, pestañas postizas, uñas largas y ligeros.

“El desfile de hoy ha sido espectacular. Salió la comunidad LGBT a demostrar que nosotros los *gay* también somos humanos, que vivimos y sentimos”, me responde Julieta Mejía, un homosexual de gran estatura y de un rostro delicado y fino.

La hilera de homosexuales y la cofradía de *drag queen* se veía en lo extenso de las calles, que tuvieron como telón la intensa gritería, los pitos de los carros y la música electrónica que vibraba en las ventanas de las casas.

“Pereira nos ha mostrado un apoyo grandísimo. Estamos felices con la acogida y el cariño de la gente y sobre todo con el respeto. La gente ha entendido que ser homosexual no es una enfermedad, ni nada raro, sino es una condición sexual. La gente nos está apoyando”, me decía Vanessa, un estudiante de derecho de Manizales, quien recuerda El Dólar, lugar legendario de esta ciudad donde la rumba para *gays* es bien particular.

Carta de despedida

Hola:

Me hubiera gustado verte y estar contigo en esta Pereira de la que tanto hablas. Sobre todo en esa Pereira que tú describes como una ciudad que le ha abierto el espacio a lo cultural.

El día que llegué, luego de que hiciste la reserva en un hotel del centro de la ciudad, encontré una nota en la recepción con un mensaje del concierto de jazz en la sede cultural del Banco de la República. Me acordé de vos. Siempre me decías que la sede del Banco tenía planes culturales cada fin de semana.

Me hospedé. Tomé un primer café. Me cambié de ropa y a la espera de tu llamada, me dirigí hacia el lugar recomendado. Caminar por estas calles desconocidas, en medio de vendedores ambulantes con megáfonos estridentes y venta de frutas en las esquinas, fue toda una sorpresa.

Los centros de las ciudades están atiborrados de rebuscadores, de pequeñas bataclanas que ofrecen su cuerpo y de carros que pitan hasta el cansancio. En medio de todo este desorden, se encuentra el Banco de la República, donde se reúne buena parte de la cultura de la ciudad. Nunca llegaste.

A la salida de concierto, que se llevó todos los aplausos, un funcionario me entregó la programación del Festival Internacional de Poesía. En el plegable decía que contaba, entre otros, con el apoyo de la emisora cultural Remigio Antonio Cañarte (97.7 fm). Me acordé de nuevo de vos, cuando me decías que la estación radial ajustó 21 años promoviendo la cultura en las ciudades que conforman la región cafetera.

En la puerta del lugar, un nuevo volante llegó a mis manos con una ilustración muy bien acabada, y una invitación a La Cuadra, para apreciar una muestra artística y plástica de la ciudad, a propósito de sus 10 años.

La brisa me pegó en el rostro, miré hacia ambos lados de la calle. Vi cómo el megabús irrumpía en el centro y salí hacia La Cuadra. Atravesé la imponente Plaza Cívica, crucé por el puente metálico y al llegar a la calle, un joven de figura delgada que hacía malabares y botaba fuego por su boca, me dio la bienvenida a la Circunvalar. No te vi. El pulso se me aceleró.

Llegar al lugar fue alentador. Me recibió el toque de la banda Papá Bocó, la cual prendió los motores de la fiesta en la calle. Me metí en medio de la gente que se movía con el baile hasta que llegué al taller de Jesús "Chucho" Calle. Olía a óleos y paletas de pintura que en minutos me rodearon. Vi cuadros de mediano formato con paisajes urbanos que me atraparon la mirada. 9:10 de la noche y nada.

Al salir del lugar, el violín de Guillermo Gómez se escuchaba en esa esquina y la atención se la llevó este artista que con su música y su capa, llenó de emoción la noche que era vigilada por una lluvia de estrellas y una luna blanca plana que acompañó la fiesta.

Dos, tres vinos blancos y hacia las 11 de la noche estuve de regreso en el hotel, donde creí verte. El botones hizo el gesto visual que indicaba que nadie había venido. Antes de dormir me acompañó la televisión local donde vi un informe, que contaba que ese fin de semana se realizaba en Pereira el Convivencia Rock, encuentro de bandas en el parque Olaya Herrera. Sonreí y me dije en voz baja: "nuevo plan solitario de sábado".

Hacia la 10 de la mañana, la radio informaba que dos hombres habían sido muertos a bala en un conocido barrio de la ciudad, por motivos al parecer de cuentas pendientes. Regresaste a mi mente y recordé que alguna vez dijiste que Pereira está a mitad de camino entre Cali y Medellín y que las *vendettas* entre mafias eran frecuentes.

Mandé los dedos de mi mano izquierda al dial del radio y lo giré hacia los 97.7 del fm. La voz de un hombre pausado, claro y fresco, hablaba del escritor y ensayista norteamericano Harold Bloom y la forma como elaboró el canon literario de Occidente. Allí me quedé. Meses atrás me habías dicho que en las mañanas de los domingos, el “Flaco” Marín, sí, así le dicen, el “Flaco” Marín, tenía un espacio llamado La Bohardilla, de mucha demanda entre los oyentes. Creí que al finalizar el programa, entrarías por la puerta del hotel, pero eso nunca pasó.

Luego sacudí la cabeza. Apagué la radio. Me di una ducha de 40 minutos. Me coloqué unos *jeans* ajustados nuevos que traía. Me solté el cabello que caía sobre mis hombros y salí hacia el Convivencia Rock. Vi la pantalla de celular y por allí tampoco estabas.

La tarde arrancó con rock, luego vino el reggae, algo de pop y un rock más fuerte. La fiesta estuvo buena. Gran sonido. Buenas bandas. Grandes voces. Vi gente comprometida con la música. Brinqué, brinqué y brinqué. Llegué agotada de nuevo al hotel.

El lunes descanso puro. Apegué el celular. Me quedé envuelta en las gruesas cobijas a la espera de tu presencia. Por la gran ventana del hotel, las gotas de un invierno imparable golpeaban el asfalto y en una de las páginas de la prensa se anunciaba una exposición en el centro cultural Lucy Tejada.

Salí de la cama y antes de dejar el hotel, el mesero me entregó la nota escrita con tu puño y letra, donde decías, que vainas del oficio periodístico como cubrimientos acerca de la ola invernal y de varias familias damnificadas, el tema electoral, el paro de los estudiantes de la Universidad Tecnológica y uno que otro accidente, te impedían estar conmigo. Cerraste diciendo algo así como: el tiempo no es mío, es de las noticias.

La rabia me corrió por el cuerpo, doblé la hoja y la arrojé a la basura. Me lancé a la calle a buscar el centro cultural. Me di cuenta de que la biblioteca del tercer piso del sitio estaba abierta y lo que fue mejor, una mujer de talla gruesa y cabello corto, me dijo que el lugar ofrecía el servicio las 24 horas del día.

Recordé entonces que odiaba a los periodistas y a los escritores. Subí, y al fondo vi el enorme mural que decoraba el lugar. Mesas cómodas, libros, más libros, ventanales y silencio profundo hacían parte de la biblioteca. Me acerqué a una de las mesas, saqué un papel de mi morral, empuñé mi bolígrafo y te escribí esta carta:

“Mi corazón estalla por ti. Pero eso ya no importa. No te quiero ver nunca más. Prefiero tu Pereira, es un encanto, está llena de vida y de cultura”.